

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

3.^o AÑO

PATROCINA LOS INTERESES DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE BUENOS AIRES

Nº 56

DIRECTOR

RAFAEL J. CONTELL

BUENOS AIRES, ABRIL 16 DE 1895

FUNDADORES—R. J. CONTELL y F. M. CONTE

REDACTOR EN JEFE

RAMON M. DE IRIBAS



DON MANUEL CANDAMO,
Presidente de la Junta provisional de Gobierno del Perú.



Le couchant a brillé d'un clarté plus pure:
L'Océan de ses flots apaise le murmure;
Et seule, interrompant ce calme solennel,
La prière s'élève aux pieds de l'Eternel.

THOMAS (La Navigation).

La transición ha sido violenta é inesperada: dilatada y sudorosa la piel, ansiaba el cuerpo la refrigerante brisa marina de las costas del Atlántico, ó el dulce reposo á la fresca sombra del copudo ombú, ó de los altos álamos de la estancia campestre. Grato solaz entre guijos y algas esparcidas por la arenosa playa; plácida contemplación de risueños horizontes bajo el terrado de la quinta de recreo en las horas de la siesta, y animadas giras entre la frondosa arboleda y á través de la verde campiña matizada de olorosas flores y aromáticas plantas, han dado honesto divertimento á los mimados de la suerte: el fatigado cerebro ha hallado descanso y recobrado nueva savia; los nervios, irritados en la continua excitación de la vida en las grandes capitales, han recobrado su normal estado en la dulce laxitud de una vida sin accidentes; la sangre, carbonizada otrora, con el estudio y la tarea excesiva, surge con nuevo vigor y circula ampliamente, regenerando todos los órganos, por venas y arterias, con vivificante poder: todo renace, y la mente, inquieta y sofocada antes, halla germen en los más nimios elementos para grandiosas concepciones, que el corazón generoso, batiendo palpitante en nueva y potente vida, impulsa con voluntad decidida.

Sólo los desheredados de la fortuna, ora con los vigorosos brazos en la labor, ora con las irritadas facultades intelectuales, que, espoleadas y febriles, sacuden el sopor que las persigue en la atmósfera abrasadora, á impulsos de una voluntad titánica, prosiguen en el yunque del trabajo, alimentando el deseo con amplísimos horizontes que sueña la fantasía. La tarea es interminable é incesante, el pan cotidiano indispensable, el sendero estrecho, la vía llena de abrojos y de espinas, y hay que doblar la cerviz á las exigencias de la vida: por un momento, por breves minutos robados al ocio perezoso, á que la estación canicular convida, se refocila el cansado cuerpo en el agua fresca de un baño limitado por estrecho circuito que dificulta los movimientos, ó disfruta la gozosa impresión de líquidos hilos que en cono de plata caen cual benéfica lluvia, sobre nuestra epidermis calenturienta.

Pero la estación otoñal ha mandado helados mensajeros que nadie esperaba: agua y viento, impulsados por violento temporal surgido de entre las irritadas fraguas de Eolo, donde se fabrica el huracán, como segur afilada que cercena cuanto á su paso encuentra, ha helado nuestro aliento y aterido nuestros nervios, sembrando por doquiera inundaciones y naufragios, como preludio avisador de un invierno crudo y pertinaz, que marchitará los floridos campos, helará los ríos de pequeño cauce, agostará en flor las tímidas plantas que reviven sólo al beso cariñoso del benéfico sol, y segará vidas achacosas, y pulmones débiles, y constituciones enfermizas.

¡Alerta! nos dice: y tras varios días en que el anuncio ha corrido por valles, mares y montañas, ha rasgado las pardas y oscuras nubes, dejándonos entrever el azulado firmamento que doran los rayos aún poderosos del astro diurno.

Con velocidad increíble, de Europa á América han cruzado los huracanes de uno á otro continente: la crónica noticiosa ha registrado en el último mes, sinnúmero de siniestros marítimos, y sólo se escuchan desconsoladores ayes de dolor, y notas de desolación y amargura. Cuando en la riente campiña acaricia la mente pensadora, la soñadora visión de la ancha faja azulada, que

cual terso cristal luciente
donde el cielo se retrata,

cruza la nave majestuosa, nos imaginamos las tranquilas ondas, agitadas por la brisa marina, formando con coqueteo femenino, sinuosas hebras plateadas de blanca espuma que mueren y reaparecen en infantil y caprichoso juego. Olvidamos entonces, que aquel vaivén encantador de la masa líquida, crece y se agiganta con el temporal; olvidamos también que, reflejando el obscuro cielo preñado de negrísimo nubarrones, cambia su tono azulado por el verdinegro que oculta su profundísima sima, y subiendo siempre las potentes olas que lamian antes suavemente al bajel corredor, lo levantan á prodigiosa altura para hundirlo á los breves instantes, y rompiendo la espumosa cresta en sus frágiles costados, amenazan su existencia y ponen en peligro su dirección.

El encanto desaparece: el atrevido nauta consulta el cerrado horizonte y sigue inquieto la marcha rapidísima de las nubes que cruzan el espacio: al fulgor de los relámpagos en obscurísima noche, guía su nave á través del huracán, con la mente inquieta y el alma conturbada, pero sereno y valiente el corazón ante el peligro, que confía vencer

con la vigilia de su sueño, la práctica de su profesión y la constante atención á los menores incidentes de la tormenta. Hombre al fin, correrán por su memoria los dulces ecos de la tierra de que se alejó, los tiernos recuerdos de los seres que idolatra, un puerto animado y un paisaje encantador, y recordará con el poeta aquellos cantares:

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va,
dicen al ver que se aleja:
«¿Quién sabe si volverán!»
Y los que van en la nave
dicen mirando hacia atrás:
«¿Quién sabe, cuando volvamos,
si se habrán marchado ya!»

Pero el deber recobrará su imperio: el alma, combatida por tan opuestos sentimientos, recuperará su energía indomable, y la voz potente de mando surgirá de los labios al pabellón de la ronca bocina; y aquella mirada, sombría, pesquisida en la obscuridad, reflejará los heroicos bríos de un espíritu tenaz y valeroso que está dispuesto á todo. ¡Cada uno á su puesto! El temporal arrecia: silba el viento en la embreada jarcia: nubes de amarillenta espuma, desmenuzadas en polvo sutil, cubren la cubierta del barco: el pito estridente suena entre los horrores de la tempestad: las calderas que trabajan con febril velocidad, están á punto de estallar. ¡Un hombre al agua! ¡Otro! ¡Otro más! y el oleaje rompe cuerdas, cables y calabrotes, arrebata botes, destroza vergas y mástiles, arranca las ferradas chapas y abre boquetes por doquiera en su furia indomable. ¡El buque hace agua! ¡Ya no hay esperanza! Si: recemos; una plegaria al altísimo Creador de mares y tierra, y una lágrima y una memoria de bendición, á la patria idolatrada.

Después..... nada: en el profundo abismo se hundieron el poderoso casco y su armamento formidable, y abrazados, los valientes tripulantes pasaron á vida mejor; por breves momentos, como honroso sudario que cubriera su inmensa tumba, flotó en la superficie la bandera gualda y roja, cual si quisiera teñir con sus brillantes colores las salobres y traidoras aguas del mar, para señalar una gloriosa tumba.

¡Así perecieron los heroicos marinos españoles del «Reina Regente»!

La inquietud, y la zozobra han reinado durante muchos días en la nación hispana: desgraciadamente, los siniestros presagios de los primeros días se han confirmado, y la nave de guerra es una presa más del mar tenebroso. El viejo adagio francés: *pas de nouvelles, bonnes nouvelles*, ha hecho sentir á los hijos de la noble España en estas playas, esperanzas de un infortunio menor que el que hoy todos lloran, naturales y extranjeros en estas hijas americanas, siempre amadas de la madre patria: pero el adagio no se ha cumplido.

Llegaron noticias de que en todas las provincias españolas se celebran suntuosos funerales por las víctimas de su deber, los jefes, y oficiales, y demás tripulantes del poderoso crucero: cientos de familias lamentan la pérdida de sus deudos más queridos, y hogares numerosos quedan sin pan para el porvenir y sin apoyo para el presente, esperando de la patria el triste y único consuelo posible, una pensión, un auxilio á los hijos de los que mueren en su defensa. Aquí también, reunidas todas las asociaciones de aquella nacionalidad, organizan una imponente manifestación de duelo y se celebrarán pompas fúnebres por los naufragos del buque perdido; pero esto no basta, porque es menester no olvidar el precario estado de las familias que, sorteando millares de dificultades, pasan ansiosamente su vida de decoro y de honradez, cerceando económicamente gastos y dispendios á que no alcanza el escaso sueldo del Estado.

Piénsese como se piense, LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA ofrece su modesto concurso, y envía á la idolatrada patria, tan combatida ha largo tiempo por el infortunio, y enlutada hoy por desgracia tan irreparable, el eco de su simpatía y de su sincera condolencia. La marina española cuenta un trofeo más; y á esta gloria mundana, se agregará la que el Eterno otorga á los que mueren por su patria.

Es larga y honrosa la historia del deber patrio en todas las naciones del universo: como chispa eléctrica, la voz de la tierra natal conmueve todos los corazones y excita apasionamientos febriles, que en determinados casos producen, quizás, arranques de impetuosa injusticia, impulsos del momento, que quedan, sin embargo, disculpados en la historia, por la santidad del sentimiento que ennoblece cuanto inspira y ejecuta. Rasgos generales, actos de heroísmo inconcebible, prodigiosos hechos recogidos por la tradición y la crónica estudiosa de las pasadas edades, ingertan en nuestra sangre bullidores y ardorosos móviles generosos, y al eco de «patria», henchidas las almas, renace la inspiración en la mente del artista, fecunda en el obrero su vigorosa acción, reanima á los pusilánimes y ennoblece la tosca fisonomía del misero labrador, y agita, mueve é impulsa acentos, brazos, númen y poder, hacia el fin grandioso que la madre pide á sus valientes hijos.

No de otra manera vemos á la simple voz que recuerda las necesidades del país, acudir á la juventud argentina á alistarse en las banderas de sus batallones y regimientos de la guardia nacio-

nal. Y es un hermoso espectáculo observar en el festivo día dedicado al descanso de las tareas semanales, cual se agrupan en plazas y plazoletas, estudiantes y operarios, pobres y ricos, que iguala la bandera en que se alistan, la noble enseña de la patria eternamente querida.

Uno, dos, tres; doble derecha; el paso más largo.... y cien voces de mando de la joven oficialidad á sus subordinados pueblan el eco de diversas y variadas órdenes que los entusiastas reclutas obedecen con prontitud. Tal neófito confunde las voces y hay que dedicarle atención especial; cual otro, interpreta torcidamente los avisos repetidos, y requiere pacientísima labor; pero la mayoría son inteligentes, y en breve plazo adquirirán el continente marcial que da encantadora apostura al sexo varonil.

Conocida es la afirmación sofística de Sócrates: aseguraba el célebre filósofo ateniense que la muerte y la vida eran iguales: interpelado por uno de sus discípulos, que le preguntó por qué no se mataba, siendo iguales las soluciones, contestó:—Porque es lo mismo.

Así, recordándolo acaso, el viejo sargento instructor, según los anales militares españoles refieren, enseñaba á los reclutas cambios y posiciones, de la siguiente manera:

—Media vuelta á la derecha, es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sino que.... es todo lo contrario.

—¿Cómo se mide la capacidad?

—Por cubicación, señor.

—¿Y si es capacidad intelectual?

—Por su alcance y por sus obras.

—Pues juzgue V. de ambas clases de capacidad, en la empresa de Ferrocarriles del Oeste leyendo en los wagones, este letrero—*Capacidad: 68 pasajeros.*

¡.....!

MARINO BRAIS.



SALVADOR RUEDA

PARA los que quieren y admiran en América al poeta andaluz Salvador Rueda, la noticia será, por una parte, agradable, por otra, amenazante: acaba de ser nombrado, aquel hermano de *Jean de Fíques*, Bibliotecario, Archivero y Anticuario del Ministerio de Ultramar. «Ya no necesito escribir para vivir», dice Rueda en una carta reciente. Bueno, si ello implica descanso y holgura para el discípulo de la cigarra; malo, si la oficina impide el culto de las musas. Un día, lamentaba yo que la producción del poeta de Andalucía fuese tan profusa y pletórica—dos ó tres artículos diarios, cuentos y poesías, en *El Liberal*, de Madrid, y en innumerables periódicos de provincia, todo escrito al vuelo, y en todo, apenas resistiendo la buena ley del talento y la virtud de la Lira, los peligros de la improvisación. «Y bien,—contestó Rueda,—¿tú crees que no es duro para mí dejar correr mis obras en ese torrente? Yo puliría, repujaría; pero la necesidad me hace esclavo literario del *periodismo*.» Ya hoy está libre. Puede dedicarse á su labor con tranquilidad. ¿Para cuándo la novela ó el poema en que reconozcamos su obra maestra? Pronto, seguramente; pues Salvador es sin duda alguna en España el más fuerte de los escritores de su generación, y adora el Arte con el fervor que conduce al premio merecido, á la realización de la obra soñada.

Ama Rueda á nuestra América, con un amor de verdad, que no tiene nada de ibero-americanismo de discursos de aquende-y-allende. Quiere á todos nuestros rimadores, buenos y malos, con una ingenua fraternidad y una asombrosa promiscuidad en la admiración; de modo que á todos nos llama «querido compañero» cuando no «ilustre amigo», ó «poeta egregio».... ¡Andaluz! Algún día debía decirse. Una copiosa dedada de miel ofrecida por Salvador á un joven americano, me valió, de manera más injusta, un palique de *Clarín*. ¡Provocar el *srobismo* es un gran pecado, mi querido poeta! Y conste que poseo la carta con el *mea maxima culpa* del autor de *En Tropel*.

El cual tiene la más hermosa fantasía de homérica, el mejor instrumento rítmico y las alas más vigorosas de toda la Joven España. Del campo llegó á la corte, del campo en donde, como Valmajour, oyó una noche cantar al ruiseñor. El dice que quien le enseñó el canto no fué Filomela, sino una cigarra. La profesora griega debe estar, satisfecha del aeda: El dice:

..... me alecciono
de mi maestra en las aulas,
y acudo en las rojas siestas
á oír su bella palabra.
Los dactilos de Virgilio
con voz ardiente declama,
y sudan de las estrofas
miel y resinas precadas.
A Anacreonte interpreta
y recita sus estancias.

que llevan el sol heleno
y zumo de verdes pámpanos.
Tiene la sabia doctora
en una cepa su cátedra,
en una copa de Chipre
en andaluza injertada;
y desde el claro racimo,
siempre redobla mis ansias,
con sus ardientes canciones,
diciéndome: «¡Canta, canta!

Rueda es el jefe del movimiento modernista en la península, y no tiene por cierto las simpatías de todos los viejos maestros. Campoamor no le mira con buenos ojos; Núñez de Arce, le ve como Leconte de Lisle á Moreas; Valera le sonríe académicamente; Menéndez Pelayo le aplaude, con reserva, en privado; D.^a Emilia cree que le ha dedicado algunos buenos renglones en su *Teatro Crítico*; Pereda le ha escrito un prólogo elogioso para una de sus novelas; *Clarín*..... sí, ¡*Clarín* está de su parte!

La fecundidad—ya lo he dicho,—ha sido un tanto perjudicial para el artista. No pueden escribirse á diario obras maestras; y el *daimon* no tiene hora de oficina. *Nulla dies sine linsa* es divisa de obreros. Y si Hugo la tenía, hay que recordar que aún en la misma noche levantábase á escribir lo que el *deus* sagrado le inspiraba. Es el periodismo, por eso, el peor enemigo del arte literario. Los libros de Rueda se resienten de la fuga rápida del producir *au jour le jour*, agitado y mecánico del periodismo. Más de veinte libros ha producido Rueda antes de los treinta años, y en los primeros de su vida cultivó la tierra, allá en sus campos andaluces, llenos de sol. Sol hay, en verdad, en todas sus obras; prosas y versos están dorados, coloreados de luz, como las uvas, como las rosas. Los nombres de sus libros hacen recordar los de Banville, por lo pintorescos, alegres y líricos, *Estrellas errantes*, *Cantos de la Vendimia*, *En Tropel*, *El gusano de luz*, *La Reja*, *El patio andaluz*, *El cielo alegre* y otros.

Su lirismo es profuso y radiante, su métrica inoyadora y siempre musical y llena de plasticismo; es sin disputa el más plástico de los poetas contemporáneos de lengua castellana, un maravilloso pintor y un sinfonista admirable. Su último libro *El Ritmo* ha sido muy discutido en España. En él expone su teoría poética, si con poca preparación y estudio, con gran bazaría y originalidad; es siempre, y ante todo, Salvador Rueda, un lírico.

En la *Revista de América* se ha publicado recientemente una poesía de Rueda, que es innegablemente una joya: me refiero á un cuadro de Semana Santa en Sevilla. Pero entre todo lo que en verso ha escrito, prefiero yo *Lo que dice la guitarra*:

La guitarra tiene
la forma de un pecho
y los dos remates de dos arcos árabes
unidos componen su círculo negro.
Boca de un abismo
de vagos ensueños,
puerta de las penas
y del sentimiento.....

A ese abismo se ha asomado él, cuya musa ciñe su frente con una corona de zequíes moriscos, y sabe decir la buena ventura, musa oriental y gitana, de carne morena y ojos misteriosos, la única musa quizá que puede enseñar á su poeta los secretos que supo el hijo del ruiñeñor y de la alondra, el antecesor de Rueda: Zorrilla. Poeta y sólo poeta, como el áulico lírico de Maximiliano y de Carlota, Salvador Rueda será más tarde una alta gloria de España, como no le pique la infame tarántula de la política, y de la Biblioteca del Ministerio de Ultramar tome otro rumbo. Dios no lo quiera. No olvide que ha subido por la escala de la poesía, y que su nombre suena ya triunfante entre las nuevas generaciones literarias de España y de América. Asómese, cuando escuche la voz de alguna sierpe política, asómese al «abismo de vagos ensueños». Allí donde palpitan los dulces cantares de un pueblo; donde ha dejado pasar «las olas del tiempo—auscultando su música extraña—con mi oído pegado á su pecho.» Consulte el instrumento oracular de la armonía. El debe aconsejarle bien. Él debe decirle cómo la melodía de la Lira es nuestro mejor consuelo en esta vida ásperamente banal y miserable. Vaya á escuchar lo que le enseña la cigarra, sonora contemporánea de Homero, querida del jovial y divino Anacreonte, de barbas blancas. O intérense en el inmenso bosque de la poesía, y crea, y sueñe, y espere; y oiga cantar al peregrino y eterno ruiñeñor que conduce al paraíso del arte. Y cuando despierte del éxtasis, como el monje de la leyenda, habrán pasado muchos años; y si no ha llegado á ministro, ni pescado una embajada, y tiene los cabellos blancos, sentirá en cambio el frescor de los verdes laureles, y morirá feliz y glorioso, por la sacra virtud de la armonía!

RUBÉN DARÍO.



VENUS ERRANTE

Sigo á la nave que vacila
Sobre las olas;
Oigo á los vientos que se quejan entre las jarcias
Y sobre el mástil veo posarse á las gaviotas.

Los turbios ojos de los peces
Miran la quilla temblorosa,
Y las escamas de sus cuerpos al sol relucen,
Y forman nubes de alba espuma sus negras colas.

Tierra lejana!
No se vislumbran de la orilla las altas rocas,
Y la mirada se detiene
Sobre la cresta de las ondas.

II

Venus errante, tú le guardas suaves caricias;
No vió tu rostro el marinero, pero te adora.
Venus errante!
Sobre los mares soñó acaso contigo, á solas.

Tocó su nave en las riberas de nieve y bruma;
Sintió su beso entre los labios la Venus blonda,
Y contemplaron la bronceada faz del marino
Garzas pupilas soñadoras.

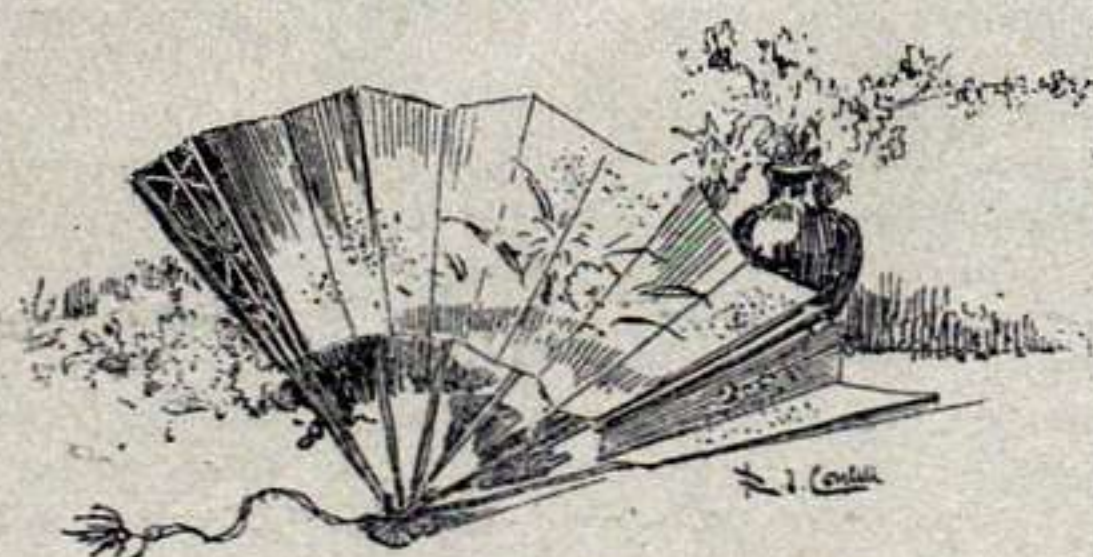
Tocó su nave en las riberas que el sol abrasa;
La Venus negra fugaz beso dejó en su boca,
Y se enlazaron á su cuello brazos oscuros,
Ebano y sombra.

Venus errante! Tú le esperas sobre la playa,
¿Eres la ardiente bayadera voluptuosa?
¿Sabes de amores?
No vió tu rostro el marinero, pero te adora.

III

Evocan sueños y visiones
Las soledades misteriosas,
Y se dibujan á lo lejos, entre las nieblas,
Sus indecisas, vagas formas.

RICARDO JAIMES FREYRE.



Chismografía Social

Parum veneni non nocet.

¿Quién vive sin el pasado? Despertad, dormidos recuerdos del ayer que se fué, y azuzad á la memoria perezosa para que nos marque estela directriz de nuestros pasos en la vida social; pero, venid quedo, y no acudáis en confuso tropel á perturbar el ordenado casillero de las memorias felices ó de las lamentaciones contra los procederes ajenos, y expulsad á las mortificantes mari-sabidillas que vienen á recordar nuestras propias faltas. ¡Esas nó! ¡Fuera! Hartas lecciones nos da la experiencia de cada día.

¿Qué tiempos aquéllos! exclamamos después de escogitar cuidadosamente en el tiempo que se fué, hechos y situaciones de agradable memoria, y establecer el parangón con los de los días que corremos. Nuestra afición á la hipóbole agiganta las esperanzas de lo futuro, y los gratos recuerdos del tiempo que pasó. Es cuestión de distancia: cuanto más lejano el suceso, antes ó después, más rosada aureola lo circunda, y más placido y lisonjero nos lo presenta la fantasía; colores, tonos, matices, surgen en irisado nimbo de luz deslumbradora, y producen efectos diametralmente opuestos en nuestro espíritu.

Si es recuerdo acariciado con ternura maternal, agranda y acibara el pesar sentido: si es soñadora ilusión de un porvenir venturoso, revive al ánimo abatido, y sirve de acicate á los generosos impulsos de nuestra voluntad. Lo pasado, nos produce

amargo dejo de la presente vida; lo futuro, nos inspira poética visión de risueñas perspectivas. Con aquél, decimos: ¡Cómo cambian los tiempos! Con éste, el corazón henchido de bienandanzas prometidas, exclamamos: ¡Qué placido porvenir me aguarda!

Corremos malos tiempos: la vida, cada vez más difícil y cada vez más exigente. No hay hogar, no hay familia, en que, tras el pavoroso problema de las dificultades financieras, en ese eterno tejer y destejer, de sumar y de restar, no se produzcan tristísimos corolarios que dan fin y remate con los cálculos más concienzudos.

Son habas contadas, según el vulgar y exactísimo dicho corriente: tanto y tanto de entradas, hacen cuanto; se acabaron las sumas y empiezan las temibles operaciones contrarias: resta por aquí, disminuye por allá, descuenta por acullá, y por mil hendijas y agujeros se va el capitalito amasado después de un mes de fatigas y desazones. El déficit es manifiesto: no alcanza la suma, á la suma de las restas, y es preciso empezar por cercenar los gastos.

¡Clamoreo general femenino! Tal cosa es necesaria; la otra también; es imprescindible el gasto aquél, y no se puede suprimir otro de urgente necesidad. Pero hay una tabla de salvación: el mercado. Los gastos de alimentación son exorbitantes, y, sin embargo, es forzoso, hecha la enumeración detallada del capítulo nutritivo, cien veces cercenado con protestas estomacales, comprar lo que se compra, á riesgo de exponerse á las habillitas de la vecindad, de las amigas y de los conocidos, por indiscreciones del gremio culinario y de la charlatana servidumbre.

Pero ésta tiene la culpa ¡es claro! Hoy entra una, y hay que echarla por tal ó cual incorrección; y la que le sustituye, peca por idénticas mañas, aumentadas en un tanto por ciento: todas ellas son interesadas, no conservan afecto á sus patrones y sisan de una manera escandalosa. ¡Si fueran como en otros tiempos! ¡Qué felices eran nuestros antepasados!

La lógica secuela de las pomposas predicaciones del siglo, extremadas, sin freno ni atadero, se recoge en las absurdas pretensiones de la clase necesitada que, con sórdidas codicias y dormidas intenciones excitadas de múltiples maneras, pide y exige hoy, lo que antes solicitaba con humildísimas súplicas y paciente perseverancia.

¿Hemos ganado ó perdido? No es el lugar para una estéril acotación de rígidos principios sociales: anotamos un hecho, apuntado innúmeras veces en cada hogar, y repetido en la chismografía casera y en los corrillos de la vida social, en todas las esferas. La servidumbre es mala, y, sin embargo, es necesaria; el problema está en pie, y la solución presenta más pésimo cariz, á medida que avanzamos en la tranquila y progresiva posesión de los ideales tantas veces promulgados como norma de civilización y de cultura.

Se han establecido los derechos del hombre, y su igualitaria repartición, y no son ajenas al proletariado las ventajas inherentes á la sociedad en común. El obrero sirve con su trabajo al capitalista, y éste debe servirle con su salario: es un contrato; toma y daca. Allí no se piden ni sentimientos compasivos del patrón, ni afectos de gratitud ó de reconocimiento, en el jornalero: se pagan mutuamente, y hombre ó mujer que sirve, y amo ó dueño que pagan, no tienen otra pauta ni otro freno, que la ley escueta, fría, que exige deberes, pero no estatuye sentimientos. Esta es la lógica de los hechos.

El obrero, los criados ó domésticos, las jornaleras y las sirvientas, siguiendo derroteros y rumbos que más altas esferas sociales les marcaron, se agremian, y empieza así el pugilato. A la imposición de los afortunados, las exigencias de la clase necesitada; y la lucha sorda y tenaz, promueve recelos, desconfianzas y quebrantamientos de la moral por ambas partes, por la escurridiza vía que el legislador no pudo prever por la infinita variedad de los casos particulares.

No preguntamos, ni nos importan los nobles sentimientos de los que nos sirven: han llenado la aparatosa exterioridad que el mundo exige; pues nos basta. En los momentos críticos, buscamos afecto, y no lo encontramos; pedimos simpatía y nuestro proceder la alejó ha largo tiempo. ¡Triste corolario de tanta insensatez amamantada por nuestra vanidad ilusoria!

¿Cómo está el servicio! decía en charlatán corro de sesudas mamás, una encantadora matrona que goza fama de severísima en el gremio de *mucamas* y demás servidumbre homóloga. Aún recuerdo, agregaba, aquellos sirvientes de casa de mamá, que se morían de viejos, queridos, respetados y cuidados en los achaques de su ancianidad, alcanzada en el fiel servicio de sus amos. Nos hacían reír con sus chocheos y manías, pero eran *algo de la casa*, y procurábamos mis hermanos y yo, no mortificarlos ni ofenderlos. ¡Qué compostura y qué régimen en todo! Eran la confianza de la casa: ellos tenían las llaves de la despensa, de los grandes armarios y viejos arcones donde se guardaba la ropa; proveían á las más minuciosas necesidades y recordaban las renovaciones ó me-

goras indispensables; daban cuenta exactísima de cuanto gastaban, y á veces luchaban con sus amos si un gasto nuevo no les parecía oportuno. ¡Qué interés el suyo y qué fidelidad la de aquellos criados de otros tiempos! ¡Cuánta diferencia con los de ahora!

Y el capítulo de cargos contra la servidumbre actual tomó proporciones colosales, al renovar cada una de las señoras del corro, las múltiples lamentaciones contra el servicio de su domicilio. Y lo peor es, decían algunas de las damas, que esas *pícaras* están agremiadas y hacen lo que les da la gana. Si uno las toma *educaditas*, no hay quien aguante sus pretensiones: si son cerriles y vienen del campo, en cuanto se ponen los moños y se visten como la gente, no hay paciencia que las resista. ¡Y que lo cuentan todo! ¡Y á veces nos substituyen!

Llena de sublime amor
la criada Sebastiana
de la noche á la mañana
se hizo esposa... del señor.

—No sé por qué, señora: vengo de la fotografía. ¿Se iba V. á retratar por mí?

—Ché, Carmen, no te he visto estas fiestas de Semana Santa.

—He estado ocupada.

—¿Fuistes á los sermones?

—Me bastan con los de mi señora. ¡Es más rezongona!

Ha muerto la señora hace quince días: el esposo está cariacontecido y pensativo. Entra la cocinera.

—Vamos, señor: ¿qué quiere comer? Es preciso que se consuele y se alimente.

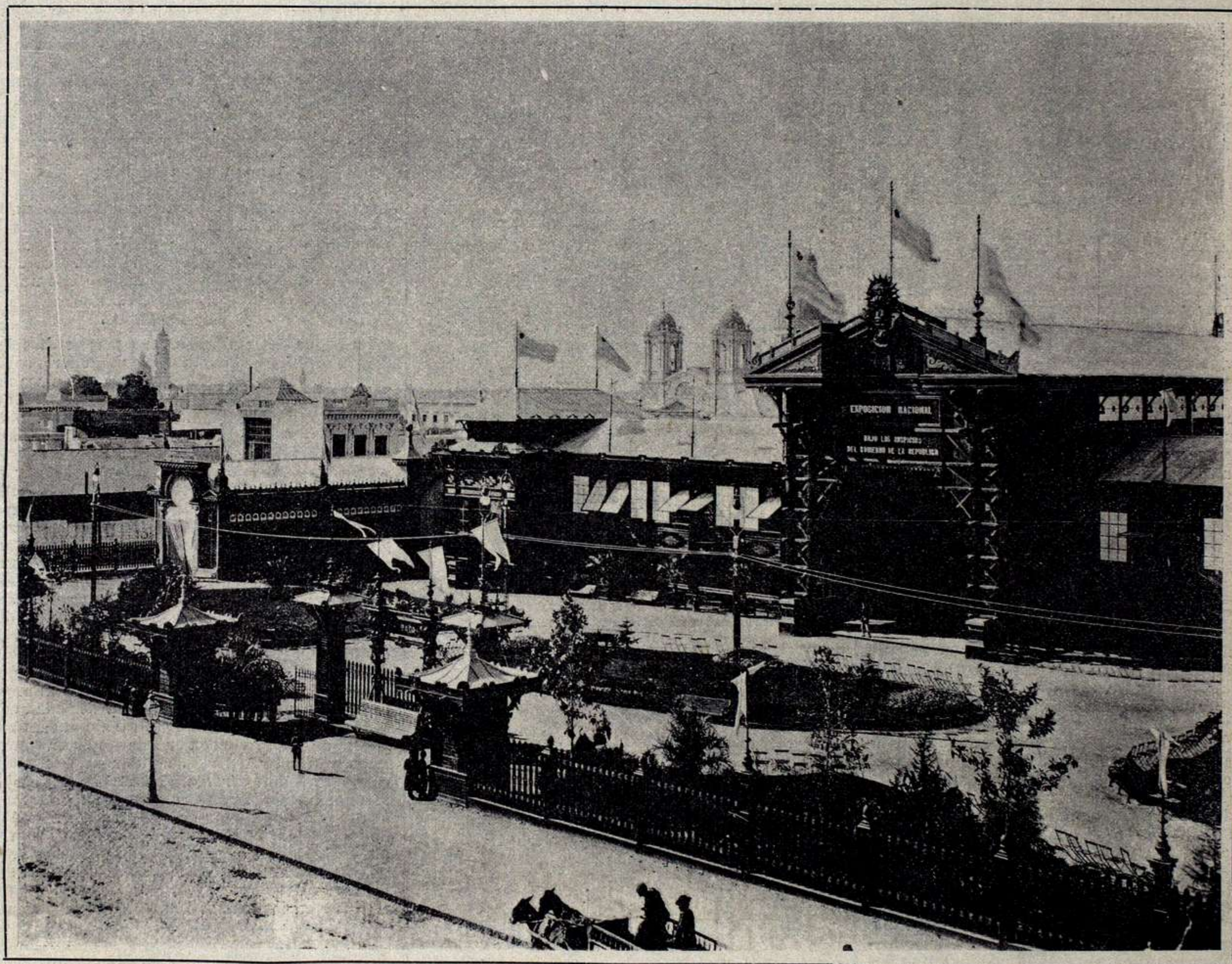
—¿Si no puedo!... Pero, en fin, tráeme una docenita de ostras que tanto le gustaban á mi pobre mujercita.

BEBÉ.

de palpar y verter sangre bajo nuestros crueles pies.

Lo cierto es que yo, cuando vi que por fin guardaba silencio María, cuando trascurrió un mes, sin recibir ni recados, ni epístolas delirantes y húmedas de lágrimas, me sentí tan bien, tan alegre, tan placidamente sereno, que me lancé al mundo con el ímpetu de un colegial en vacaciones, y con ese deseo é instinto de renovación íntima que parece que da nuevo y grato sabor á la existencia. Acudí á los paseos; frecuenté los teatros; admití convites; concurri á saraos y tertulias, y hasta busqué diversiones de vuelo bajo, á manera de hambriento que no distingue de comidas. En suma, yo me desaté, movido por un instinto miserable de humorística venganza, que se tradujo en el deseo de regalar á cualquier mujer, á la primera que tropezase casualmente, los momentos de fugaz embriaguez que negaba á María—á María triste y pálida, á María medio loca por mi abandono, á María enferma, desesperada, herida en lo más íntimo por mi implacable desdén.

Es la casualidad tan antojadiza en esto de proporcionar aventuras, que si á veces presenta oca-



REPUBLICA DEL URUGUAY — MONTEVIDEO — VISTA DE LA EXPOSICION NACIONAL DE AGRICULTURA Y GANADERIA
(de fotografía de Fitz-Patrick.)

—Adiós X. No se te vé por ninguna parte: sin duda te tiene hipnotizada tu marido. Y á propósito ¿has visto á Onoffrof?

—No, amiga mía, con este *servicio*, ¿á dónde quieres que salga una señora? Y como mis dos *mucamas* son bonitas, tienen fascinada á toda... la cuadra.

—¡Jesús! ¡Qué afición al... sport!

En una casa amueblada: se presenta una sirvienta ante un señor recién llegado del campo.

—¡Vaya si me gusta el modo
de esta chica! ¡Y es muy bella!
¿Está V. aquí d^a doncella?
—De doncella y para todo.

—¿Le parece á V. bien, Nemesia? Hace dos horas que salió V. ¿Es esta la hora de volver?

—¡Ay, señora! Es que he estado en un sitio donde no podía ir otra y....

—¡Insolente!

EL DOMINÓ VERDE

INCREDIBLE me pareció que me dejase en paz aquella mujer, que ya no intentase verme, que no me escribiese carta sobre carta, que no apelase á todos los medios imaginables para acercarse á mí. Al romper la cadena de su agobiador cariño, respiré cual si me hubiese quitado de encima un odio jurado y mortal.

Quien no haya estudiado las complicaciones de nuestro espíritu, tendrá por inverosímil que tanto deseemos desatar lazos que nadie nos obligó á atar, y hasta deplorará que mientras las fieras y los animales brutos agradecen á su modo el apego y la constancia que se les demuestra, el hombre, más duro é insensible, se irrite porque le halagan, y aborrezca á veces á la mujer que le brinda amor. Mas no es culpa nuestra si de este barro nos amasaron, si el sentimiento que no compartimos nos molesta y acaso nos repugna, si las señales de la pasión que no halla eco en nosotros nos incitan á la mofa y al desprecio, y si nos gozamos en pisotear un corazón, por lo mismo que sabemos que ha

siones de balde en ramillete, otras veces no ofrecerá una, ni por un ojo de la cara. En muchos días de disipación y bureo, de rodar por distintas esferas sociales pidiendo guerra, no encontré yo nada que me tentase; y ya mi capricho se exaltaba por la dilación, cuando el domingo de Carnestolendas, aburrido y por matar el tiempo, entré en el insípido baile de máscaras del teatro Real.

Trascurrida más de una hora, sentí que empezaba á hastiarme, y ya reflexionaba sobre la conveniencia de tomar la puerta y refugiarme entre sábanas cortando las hojas de un libro nuevo de favorito autor, á tiempo que cruza, entre el remolino del abigarrado tropel, una máscara envuelta en amplio dominó de rica seda verde. Era la máscara de airoso porte y trazas señoriles, cosa ya de suyo extraña en aquel baile, y noté que clavaba en mí los ojos con singular insistencia, como si deseara acercarse y no se atreviera, á pesar de las franquicias del antifaz. La chispa de las pupilas ardientes de la máscara determinó en mí un repentino interés, una especie de emoción de la cual me reí por dentro, pero que me impulsó á hendir la multitud y aproximarme á la encubierta. Al ir consiguiéndolo, me convencí más y más de que la del

verde dominó era dama, y dama muy principal, y que sólo la curiosidad ó algún empeño más hondo y más vecino al alma, debía de haberla arrastrado á un baile de tan mal género. «Grande será el interés que la trajo aquí—pensé—y muy visible su posición en la sociedad, para que se venga así, sin la compañía de una amiga, sin el brazo protector de un hombre. A toda costa quiere que se ignore el lance, que nadie la pueda delatar.» Y al advertir que seguía mirándome, que sus ojos me buscaban en medio del gentío, ocurrióme que aquel interés decisivo podía ser yo.

Con tal suposición dió un vuelco mi sangre, y jugando de los codos y de las rodillas lo mejor que supe, pugué por alcanzar á la gentil encapuchada. La multitud, por desgracia, se arremolinaba compacta y densa, formando viva muralla que me era imposible romper. De lejos veía asomar la cabeza del dominó y flotar los lazos complicados de la capucha, que disimulaba la forma, sin duda hechicera, de la testa juvenil; pero insensiblemente, deslizábase hasta perderse, y el miedo de que se me esca- bullese me espoleaba. Iba yo ganando terreno, pero la enmascarada me llevaba gran ventaja, sin duda, y empecé á recelar que huía de mí, y que después

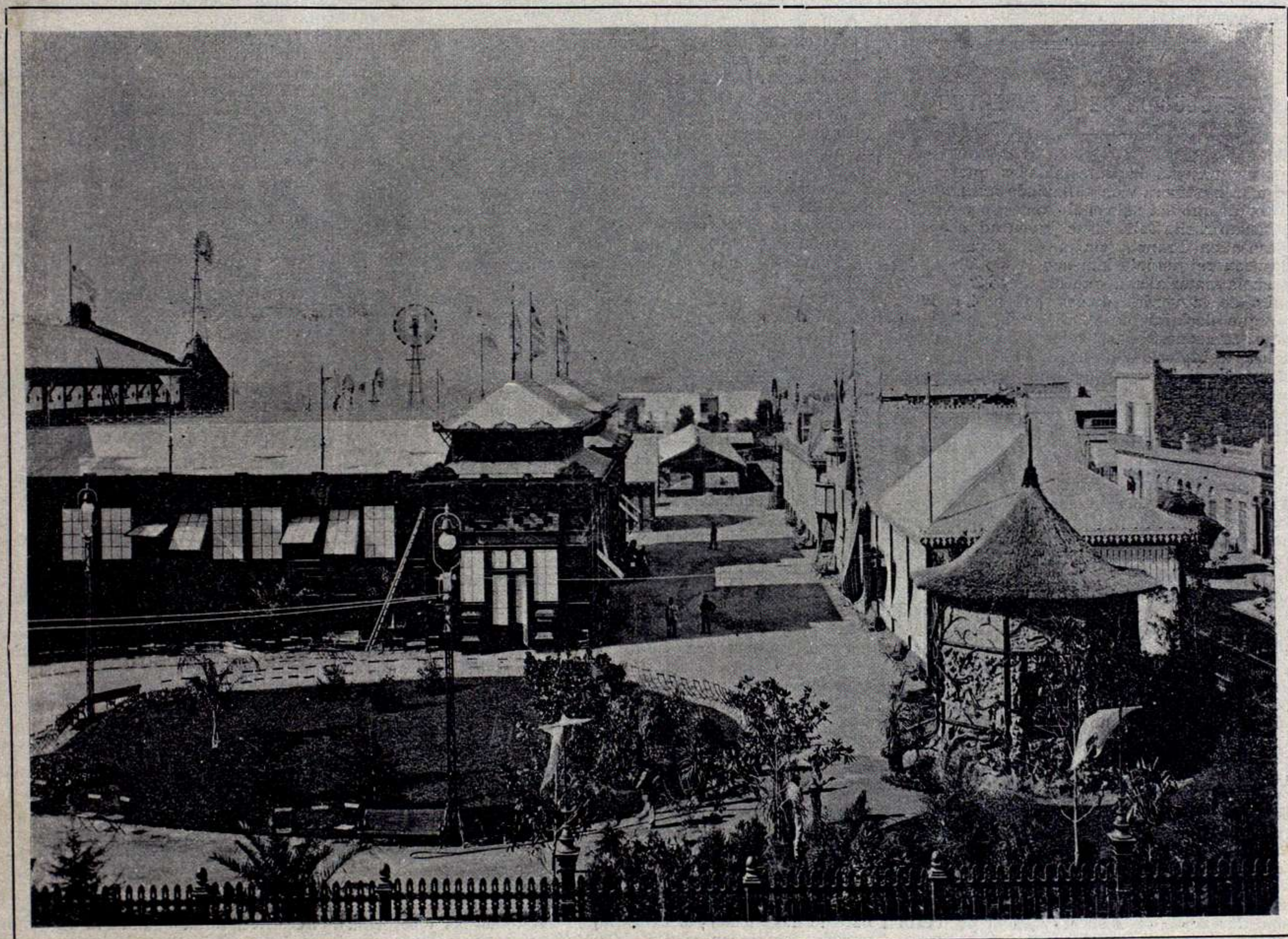
cinco minutos, tiempo suficiente para que la máscara ya se enhebrase por un pasillo, saliendo enfrente. Y desalado, loco, con la imaginación caldeada y secas las fauces por el afán, yo me apresuraba, bajaba, subía, ponía en tensión todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi espíritu sin dar alcance á la misteriosa hermosura que (ya era evidente) se complacía en burlarme.

La astucia me sirvió mejor que la agilidad en este caso. Comprendiendo que tan aristocrático dominó no querría permanecer en el baile pasadas las primeras horas de la noche, y que evitaría la hora de las cenas y de las cabezas calientes; seguro de que sólo había venido allí para marearme, y que logrado este objeto desaparecería, adiviné, que todo su estrategia era batirse en retirada hacia la puerta, y que cortándole la salida la atrapaba de fijo. También supuse que saldría por el punto más solitario, por la puerta menos alumbrada, por la calle donde es más fácil saltar furtivamente dentro de un coche que espera, y huir sin dejar rastro. Mis cálculos resultaron exactísimos. Me situé en acecho con tal fortuna, que al cuarto de hora de espera, vi asomar á la encapuchada del verde dominó, que mirando á un lado y á otro como recelo-

en la seguridad de que tu presencia lo llenaría de luz y de encanto? ¿Y crees que voy á dejarte escapar así, que lo consentiré, que no te seguiré hasta el infierno? Si no podrás irte. En tu mirada se delató el amor, y sigue delatándose en tu actitud, en tu agitación, máscara mía.

Era verdad. La máscara, como fascinada, se reclinaba en la pared. Su cuerpo se estremecía, su seno se alzaba y bajaba precipitadamente, y al través de los reducidos agujeros del antifaz, vi temblar sobre el negro terciopelo de sus pupilas, dos lágrimas ardientes. Con voz que apenas se oía, y en la cual también se quebraban los sollozos, murmuró lentamente, cual si deseara grabar en mi memoria para siempre sus palabras:

—Es cierto: sólo por acercarme á ti, por gozar de tu vista, he adoptado este disfraz, he cometido la locura de venir al baile. Y mira qué extraño caso: queriéndote así, lloro... porque me has dicho palabras de amor. Por oír eso con la cara descubierta, daría mi sangre. Pero tú, que acabas de decir que me adoras, ahora que me ves envuelta en este trapo verde, tú... huirías de mí si me presentase sin careta. Me has perseguido, me has dado caza, sólo porque no veías mi rostro. Y ni soy vieja ni fea... No



REPUBLICA DEL URUGUAY — MONTEVIDEO — VISTA DE LA EXPOSICION NACIONAL DE AGRICULTURA Y GANADERIA
(de fotografía de Fitz-Patrick.)

de derramar en mi alma el veneno de sus fogosos ojos, ahora me evitaba, se escurría, se volvía duende para evaporarse como una visión... Este temor que sentí fué ardoroso incentivo del deseo de reunirse á la máscara. Con sobrehumano esfuerzo rompí la valla que me oprimía, y aprovechando un resquicio, me hallé poco distante del dominó verde. Sólo que éste, á su vez, apretó el paso, y huyó por una de las puertas del salón.

Fué una persecución en toda regla la que emprendí entonces; persecución franca, ardorosa, caza más bien. Anhelante, acongojado, como si realmente la mujer que trataba de evadirse fuese algo que me importase mucho, recorrí velozmente los pasadizos, las escaleras, las galerías, el foyer, buscando donde quiera á la incitante máscara. Sin duda ella había adivinado con sagacidad mi violento antojo, pues parecía complacerse en desesperrarme, y si teniéndome lejos, se dejaba envolver por algún grupo de hombres ó se paraba en actitud negligente, apenas comprendía que me acercaba yo, levantaba el vuelo con ligereza de silfide y me desorientaba por medio de impensada maniobra. De improviso, alegraba un palco el fresco color verde del dominó; yo me precipitaba, y cuando llegaba jadeante á la puerta del palco, la desconocida no estaba ya en él, sino en otro de más arriba, para llegar al cual había que invertir

sa, exploraba el terreno. Me arrojé á cerrarla el paso, y á mis primeras palabras suplicantes y rendidas, contestó en el chillón falsete habitual en las máscaras, rogándome que la dejase salir, que no me opusiese á su marcha y que no insistiese en acosarla, por Dios.

La creí sincera, pero cuanto más demostraba ansias de evitarme, más crecía en mí la voluntad de detenerla, de que me escuchase, de que me mirase otra vez, de que me amase sobre todo. La vehemencia de aquel súbito antojo era tal, que si no fuese porque pasaba gente, aunque poca, creo que me dejo caer de rodillas á los pies del dominó. Hasta me sentí elocuente é inspirado, y noté que las frases acudían á mis labios incendiarias y dominadoras con el acento y la expresión que sólo presta un sentimiento real, aunque sólo dure minutos.

—Si querías huir de mí—dije á la máscara estrechándola de cerca,—¿por qué me miraste con esos ojos que me inflamaron el corazón? ¿Por qué me clavaste la saeta, di, si habías de negarte á curar mi herida? ¿No estás viendo cómo has removido, con esa mirada sola, todo mi ser? ¿No oyes mi voz alterada por la emoción, no observas el trastorno de mis sentidos, no me ves hecho un loco? ¿No conoces que tengo fiebre? ¿No sabes que yo te presentía, que adivinaba tu aparición, que vine á este baile

es eso. ¡Mirame y comprenderás! ¡Mirame y después... ya no tendrás que volver á mirarme nunca!

Y alzándose el antifaz, el dominó verde me enseñó la cara de mi abandonada, de mi rechazada, de mi desdenada Maria... Aprovechando mi estupor corrió, saltó al coche que la aguardaba, y al quererme precipitar detrás de ella, oí el estrépito de las ruedas sobre el empedrado.

Desde tan triste episodio carnavalesco, sé que lo único que nos trastorna es un trapo verde, la Esperanza, la máscara eterna, la encubierta que siempre huye, la que todo lo promete, la que debajo de su risueño disfraz, oculta el descolorido rostro del viejo Desengaño.

EMILIA PARDO BAZÁN.

DON JOSÉ COROLEU

HISTORIADOR CATALÁN

La noticia telegráfica nos ha sorprendido con la inesperada y sensible nueva de la muerte de este notable estilista y concienzudo historiador, á la par que investigador escrupuloso, que ha tra-

tado siempre asuntos nuevos, sacados de los archivos, especialmente de los de la corona de Aragón, uno de los más ricos de Europa, haciendo conocer al mundo de las letras, las empresas nobilísimas de aquel pueblo catalán, enérgico, fuerte y denodado, que tanta gloria reúne en sus gloriosas tradiciones históricas.

Nació don José Coroleu en Inglada en Barcelona, el 16 de Agosto de 1839, y su vida laboriosa, de diplomático, literato, abogado y periodista, ha sido fructífera y de tangibles resultados.

En colaboración con José Pallás y Fargas publicó en 1876 «Las Cortes Catalanas», y en 1878 «Los Fueros de Cataluña».

Ha publicado, además, las siguientes obras históricas: «El Feudalismo y la servidumbre de la gleba en Cataluña», ensayo histórico premiado por la asociación literaria de Girona: «Las supersticiones de la humanidad», «Historia de Villanueva y Geltrú», «Clarís y son temps», y la más importante de sus producciones, «Apuntes para la historia de la civilización catalana, desde la caída del imperio romano hasta el advenimiento de la dinastía de los Borbones en España».

Coroleu era académico correspondiente de la Real Academia de la Historia e individuo de número de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

¡Descanse en paz!

LA EVOLUCIÓN DE LA JUVENTUD

CUMPLIDA está la profecía de los que vaticinaron efímera vida al llamado *naturalismo* literario, de que ha sido sabio maestro y paladín valientísimo Emile Zola. Una juventud ardorosa se levanta en Francia clamando nuevamente el Ideal; y con tal ímpetu han acometido a la estrecha escuela materialista, que el mismo Zola, fiel a su culto de la verdad demostrada, no ha podido menos que declarar, ante esos cerebros febriles, ante esos corazones enamorados del más allá, que ellos, los sacerdotes del naturalismo habían cerrado demasiado el horizonte en literatura. «Personalmente, dice Zola, me he lamentado ya de haber sido un sectario, queriendo que el arte se limitase a las verdades probadas. Los recién llegados han abierto de nuevo el horizonte reconquistando lo desconocido y el misterio;—y han hecho bien!»

Tales confesiones en boca del Pontífice del naturalismo, constituyen el sumario de la escuela literaria por él fundada. Una escuela que cierra los horizontes, reduciendo al espíritu, al papel del buitre que ha de rondar al rededor de lo que aliente y viva, aguardando a que perezca para nutrirse con sus despojos, no tenía razón de ser en un siglo que presencia los más audaces vuelcos del alma.

A pesar de estas declaraciones palmarias de Zola sobre el fenecimiento del naturalismo, no se rinde al atleta sin protestar con un último argumento. Repliega, parlamenta, pero a la despedida lanza su último dardo: «La fe no resucita, les dice a los nuevos campeones; no se pueden hacer sino mitologías con las religiones muertas.» A lo cual contesta la juventud: «El verdadero misticismo no es una religión muerta, pues tiene por principios eternos la Vida y el Amor. El es la investigación activa y apasionada del Misterio que nos envuelve por todas partes, y al mundo con nosotros.»

Pero si muerto está el naturalismo, no está agotado su viejo campeón. Siéntese en la plenitud de sus fuerzas y quiere seguir luchando. La idea de capitular repugna a su bravura; y por tanto propone una conciliación bajo una nueva fe universal: la fe en el trabajo.

Y la juventud responde: «No; el trabajo sin el ideal no es más que la faena animal.» Y nosotros que no somos jóvenes, pero que tampoco queremos ser viejos de espíritu; nosotros que sacamos la vida con el duro jornal y que amamos la labor diaria que nos mantiene de pie, pensamos como los jóvenes de la nueva escuela; pensamos que además del trabajo existen otras virtudes, y existe el Amor, existe la Alegría, existe el Sacrificio, que son manifestaciones inmateriales, palpaciones generosas del espíritu que se agita dentro de nosotros por suspendernos con su vuelo a regiones misteriosas que le son conocidas y de las cuales nos refiere leyendas trancas y brumosas que nos ponen sueños en la imaginación y cantos en los labios, aún cuando reguemos la tierra con nuestras lágrimas en las horas amargas del dolor.

Vivir en las verdades demostradas, eso nos pedía el naturalismo científico. Y eso era limitar la vida a la esfera estrechísima que pudieran formar las pocas verdades que la ciencia declara verdaderas. ¿Y qué hacer entre tanto con lo demás que encierra la misma naturaleza, y cuyo secreto se escapa todavía a la ciencia? ¿Puede ser escuela liberal y democrática la que tal pretenda? ¿Puede tampoco ser escuela literaria la que ciega las fuentes de la literatura, que son los ideales?

¿Y qué sería de vosotros, materialistas, naturalistas y científicos, si los idealistas no os proporcionasen las hipótesis sobre las cuales trabajáis escudriñando la verdad? ¿Quién fabrica el embrión de la idea, la utopía, quién la da, si no es el

espíritu en sus viajes a la región del ideal? Suprimid la intuición, esa ciencia del alma, y suprimiréis hasta el genio, que no es, como parecéis creer, «una triste y larga paciencia», sino una grande y sublime claridad del espíritu, que ve más allá de las verdades probadas.

Nosotros aguardábamos llenos de fe la reacción espiritual que ya se cumple en la literatura. La necesitaba el mundo, ya hastiado de esperar a las puertas del anfiteatro, de donde se le había prometido que, del estudio del cadáver de la naturaleza, habría de surgir la fórmula de la dicha y la justicia universales.

Y lo que acertó a salir no fué sino un fuerte olor a materia muerta, digno incienso de una procesión de monstruosidades, a las cuales el buen sentido, aun sin ser idealista, ha llamado aberraciones, y no las ha consentido como expresión genuina de la humana naturaleza.

N. BOLET PERAZA.

DON MANUEL CANDAMO

PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GOBIERNO DEL PERÚ

Nos complacemos en presentar hoy a nuestros lectores y abonados el retrato del excelentísimo Sr. D. Manuel Candamo, actual jefe del gobierno provisional del Perú y figura altamente espectable, desde tiempo ha, en el escenario político de esa bella y simpática república, una de las hijas predilectas de España y acaso su joya más preciada en la época de su poderío colonial.

El Sr. Candamo comenzó a destacarse como personalidad política en las elecciones presidenciales de 1886, en las que actuó con brillo como Presidente de la Junta Directiva del Partido Constitucional que llevó entonces como candidato popular y victorioso al hoy caído general Cáceres.

Dió en ese cargo, muestras de las sobresalientes cualidades que poseía y que más tarde había de afirmar y comprobar en el Parlamento, de que ha formado parte durante diez años, sin duda alguna, como miembro el más conspicuo de la alta cámara.

Su clara inteligencia, su moderación simpática, su rectitud e independencia, su honorabilidad intachable e inaccesible a toda seducción que no fuera la del deber, la dignidad y el patriotismo, le grangearon el respeto y la estimación preferente de sus colegas del Senado, quienes le eligieron y reeligieron constantemente su Presidente.

Sus procedimientos correctos y elevados, y su noble y patriótica actitud en las graves cuestiones que se ventilaban durante ese lapso de tiempo, trascendieron a toda la república, que seguía atenta y cada vez más gratamente impresionada, el digno porte del joven estadista. Y de personalidad justamente estimada en el Parlamento y en los altos círculos de la capital, pasó a ser, ensanchando la esfera de su prestigio, uno de los hombres públicos más queridos y apreciados de la República, haciéndose ya visible la probabilidad de ocupar, en día no muy lejano, la magistratura suprema.

Naturalmente, y sin esfuerzo alguno de su parte, pues carece de vehemencia en sus ambiciones personales, ha llegado a ser el jefe nato del antiguo partido civil, imponiéndose por la sola acción de sus méritos y procedimientos.

Era de esperarse, por consiguiente, que al hacer crisis en forma de transacción, la guerra civil en que ha estado empeñada esa república, no sin haberse librado antes sangriento y terrible combate de dos días en las calles de Lima, todas las miradas se posaran en el Sr. Candamo para encabezar el gobierno provisional, bajo el cual debe reconstruirse la normalidad y procederse a las elecciones del futuro mandatario y de los nuevos representantes al Congreso; siendo indudablemente el Sr. Candamo prenda segura de imparcialidad, justicia y circunspección en esas angustas y trascendentales funciones de la vida republicana.

Si la elección del Sr. Piérola, para el próximo período, puede ya considerarse como un hecho, puede también augurarse con fundamento, desde ahora, que el Sr. Candamo será quien le suceda, legalmente y con igual aureola de opinión, en el subsiguiente período gubernativo.

De un discurso pronunciado por el escritor señor Madueño en un banquete con que fué agasajado por selectos amigos el Sr. Candamo, en Octubre del 93, y que tenemos a la vista en un número del viejo y acreditado *Comercio* de Lima, tomamos los siguientes conceptos que acabarán de delinear moralmente al personaje que nos ocupa: ellos encierran además un exacto vaticinio de los acontecimientos que se han desarrollado en Lima últimamente:

«Esta demostración, intencionalmente limitada (pues de otro modo habría aquí quinientos cubiertos y medio Lima estaría agolpado a las puertas de la Exposición), es justa y merecida, desde que está encaminada a rendir un homenaje de justicia y cariño al hombre que, por sus virtudes y cualidades sobresalientes, ha cautivado el corazón de todos los ciudadanos; honrados de la República; abriéndose paso la corriente de simpatía y veneración que lo circunda ya, a manera de bri-

llante atmósfera, hasta en el seno de los círculos más opuestos e inconciliables; como si todos vieran en él el olivo de paz que Dios enviara para borrar las hondas divisiones y quebrantos de la familia peruana: para calmar en su hora la deshecha tormenta de infortunios que hace más de tres lustros pesa sobre la patria.»

«No es, repito, en el día, por causas que no mencionaré, el candidato efectivo de ningún partido; pero es la personalidad culminante sobre cuya limpia frente se refleja la luz de simpatía y estimación de todos los círculos políticos.»

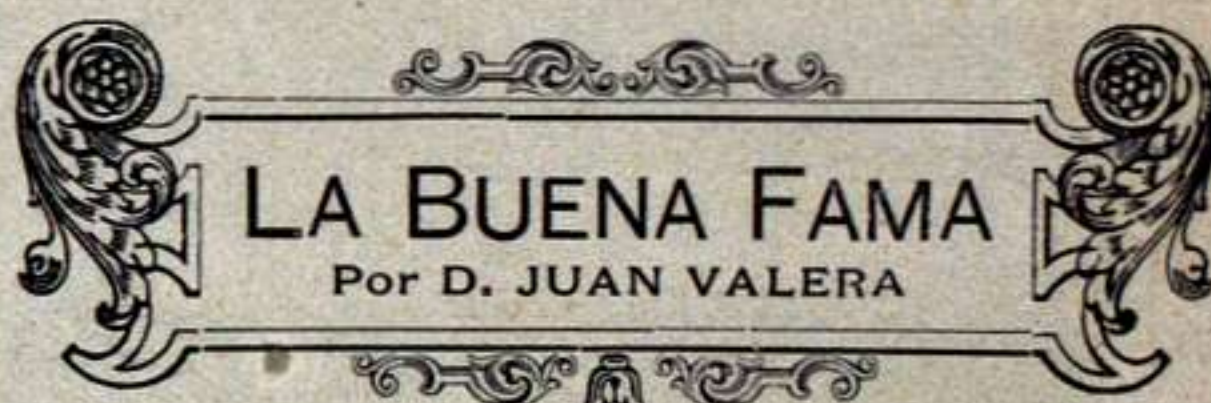
«Ante su personalidad irán a aspirar suavemente las olas alborotadas de la próxima situación de lucha; y acaso le toque ser el lazo supremo de concordia y amainamiento, si la tempestad arrecia hasta el grado de poner en peligro la vida nacional.»

«Voy a concluir manifestando que en vos se realiza completamente aquel conocido pensamiento: «Ordinariamente las virtudes públicas no son sino el reflejo de las virtudes privadas»: vuestra vida pública, en efecto, no es sino el reflejo fiel de vuestra irreproachable vida privada: tan honorable y digno sois en las viviendas de vuestro dichoso hogar, como en los salones del Parlamento y de las oficinas públicas.»

«Felices los pocos hombres que con vos podrían decir: «De mi domicilio paso a la asamblea pública sin cambiar de semblante ni de traje; y siempre el mismo: la dignidad, el bien y la rectitud, jamás dejaron de verme en su camino.»

«Privilegiados ciudadanos, ante el concepto serio y filosófico, los que como vos pueden ostentar tal suma de merecimientos y virtudes, y ofrecer éstas como fundamentos incommovibles de popularidad y prestigio ante la nación ávida de políticos honrados y competentes.»

Haciendo votos por que los nuevos gobiernos correspondan a las necesidades y esperanzas de la nación peruana, damos fin a estos breves rasgos biográficos del simpático estadista que hoy rige los destinos de la bella porción del Continente Sudamericano.



(Continuación)

V

Tan embebecida estaba en ellas, al anochecer de cierto día, que no advirtió entre las sombras que se extendían ya por el interior del templo, que alguien la observaba con persistencia y fijeza, admirando sin duda su rostro y toda su persona, sobre los cuales caían de soslayo, los últimos fulgores del moribundo día que penetraban por una ventana poco distante.

Levantóse Calitea y se encaminó hacia la puerta. Su admirador la siguió, recatándose un poco y aun sin ser por ella advertido.

La iglesia estaba desierta.

Cerca ya de la pila del agua bendita, Calitea reparó en alguien que se adelantaba, pero en quien sólo podía distinguir un bulto negro. Amplia capa de dicho color le caía desde los hombros casi hasta los pies.

No fué pequeña, ni desagradable tampoco, la sorpresa de nuestra heroína cuando, al ir a tomar agua en la pila para ponerla en la frente, haciendo la cruz, se interpuso el desconocido, que acababa de mojar sus dedos, y le ofreció el agua con notable cortesía.

La muchacha, a pesar de su altivez y recato, no acertó a rechazar tan santo obsequio, ofrecido del modo más respetuoso. Tomó, pues, el agua, tocando con sus dedos los dedos húmedos de quien se la ofrecía, cuya mano, según ella notó al mirarla y tocarla, era blanca, suave, muy cuidada y muy bonita, y tan pequeña, que no era mayor que la suya, aunque ella no las tenía, por cierto, ni feas ni grandes.

Miró también Calitea a todo el sujeto de la mano, y vió que era un mozuelo, al parecer de menos edad que ella, casi un niño, pero vestido muy a lo guerrero, y tan gentil y gracioso, que hubiera podido tomarse por el propio Arcángel, a quien ella acababa de rezar, y que se había descolgado del camarín para venir a saludarla. Las calzas ceñidas de paño verde obscuro, dejaban ver la forma de las piernas, firmes, enjutas y bien torneadas; sobre el jubón ó coletín de gamuza, relucía la malla de acero bruñido, y del cinturón, de adobado becerro montañés, pendía en medio la escarcela; al lado derecho una daga, y al otro lado la espada. Sobre el puño apoyaba el galancete la mano izquierda, calzado el guante y sosteniendo donosísima caperuza, cuyo copete era una gran pluma de águila.

Su cabeza bien plantada y descubierta entonces, aparecía coronada por los bucles de oro de la abundante y larga cabellera; eran sus ojos azules como el cielo; la frente despejada; ligero bozo apenas sombreaba, ó más bien doraba, el labio superior

con una sospecha de bigote; y la nariz recta, la barba firme y la boca desdeñosa é imperativa se contraponían chistosamente á lo adamado del resto de la persona.

Todo lo dicho agradó en extremo á Calitea, la cual sintió que, como en fortaleza que asalta el enemigo cuando más segura y descuidada se halla, se le entraba en el pecho y le alborataba el corazón un tropel de sentimientos sobrado tiernos y hasta aquel instante jamás por ella experimentados. Pero lo que más la hechizó, moviéndola á desechar toda cautela, desvaneciendo recelos, y disuadiéndola de reparar su descuido y precaverse para en adelante, fué la turbación que advirtió en el mozo que le ofreció el agua bendita y el encendido rubor que le arreboló la cara, aumentando su amabilidad inocente.

Al llegar á este punto hacia notar don Juan Fresco, y yo debo imitarle, que en el país y en la época en que ocurrieron estos sucesos, ni se necesitaban aún previas presentaciones para que se hablasen las gentes, ni éstas, cuando se consideraban iguales, se daban tratamiento, sino que, si bien las más ceremoniosas empezaban por hablarse en tercera persona, lo usual era tutearse de buenas á primeras. Así, pues, no ha de parecer á nadie falto de la conveniente circunspección y decoro el diálogo que sigue, entablado por Calitea, después de dar las gracias por el agua ofrecida y aceptada.

—Y dígame, preguntó ella—¿es por ventura el señor soldado, forastero en esta ciudad?

—Lo soy—contestó el mancebo.—Ayer llegué del lugar en que me crié y donde vive retirado mi padre, hidalgo de poquitos bienes de fortuna. A fin de que yo me la busque, de lo que estoy impaciente, mi padre me dió su bendición y armas y caballo, y me dejó venir por aquí.

—¿Y cómo consintió tu padre en que vinieras solo, al verte tan niño como eres?

—No soy tan niño—dijo él algo picado.—Veintidós años he cumplido ya.

—No lo creería si no me lo dijese. Eres más viejo que yo, tienes dos años más. Perdona, hombre, que te haya tratado como á un rapazuelo, sin los miramientos y atenciones que se deben á personas de mayor edad.

—De ti no quiero yo más miramientos sino que me mires con muy amistosa simpatía.

—Pues eso estoy por afirmar que lo has logrado; y de fijo que lo conservarás y aumentarás, si eres tan bien criado y juicioso como tu buena presencia promete.

—Lo que es bien criado, ¿cómo no serlo contigo hasta el más rendido acatamiento? En punto á juicio, difícil será que le conserve si tú me lo robas.

El joven pronunció la última frase, siguiendo á Calitea, que había salido ya de la iglesia é iba andando hacia su casa.

Volvió ella el rostro, y dijo sonriendo:

—Déjate de lisonjas. No gusto de ellas nada. Si sigues así, no llegarás á verme otra vez, para que ni en broma me acuses de que por mí te vuelves loco.

—No te enojos. Yo me quedaré cuerdo, pero consiente que te acompañe hasta tu casa.

—No; vete ya.

—Me iré si lo mandas.

—Lo mando.

—Bien está; pero prométeme que vendrás mañana por aquí á la misma hora.

—¿Y para qué?

—Para que yo tenga la dicha de verte y de hablarte.

—Pero, desventurado, ¿no ves que perderías así el tiempo? ¿Buscas fortuna? Pues mal modo de hallarla es andar en conversaciones ociosas.

—No serán ociosas. Tú eres, lo conozco, tan discreta como prudente, y deseo pedirte consejo.

—Eso ya es distinto. Aunque no presumo de buena consejera, la conciencia me remordería de negarte el consejo que pides. Me queda, con todo, un escrúpulo. Es sacrilegio citarnos en la iglesia para tratar asuntos profanos.

—Pues dime dónde vives é iré á tu casa.

—¡Imposible! ¿Qué diría mi madre?

—Entonces, sal ya tarde á la reja, cuando tu madre se acueste.

—¡Jesús! ¿Qué estás diciendo, muchacho? ¿Qué pensarías de mí si yo tal hiciese? Apenas te conozco. No sé siquiera tu nombre.

—No quede por eso, hija mía. ¿Conque me no viste rezar con devoción junto á la capilla del Arcángel, donde, aún no sé si para mí desgracia ó para mi ventura, te vi y te admiré? Fui allí, porque el Arcángel es mi Santo. Me llamo Miguel.

—Bien está, Miguel. Márchate ahora, déjame en paz y no quieras convertirte en diablo.

—¡Cruel! La diablura es que me despidas. ¿Y por qué?

—Ya es de noche; pero mis vecinas están atisbando siempre y tienen ojos de lince. ¿Qué no murmurarán si me ven con mancebo... tan cubierto de armas? Supondrán que me llevas presa.

—El preso y el enredado soy yo en la mágica red que tienden cuando miran, tus ojos divinos.

—Ya te he dicho que detesto los requiebros—exclamó Calitea, negando con la complacida expresión de su sonrisa, con su dulce mirar y con la trémula de su voz, las palabras que pronunciaban sus labios.

El ansia de amar, el torrente de afectos, contenido y represado, hacia cuatro años, desde que

Calitea era mujer, había roto los diques y brotaba con tal impetu de su alma, que no lograban atajarle la reflexión y la prudencia.

En abono de la joven, y á fin de que nadie la tilde de liviana, fácil y antojadiza, debemos observar que no era personaje ordinario, sino prodigioso por todos estilos, quien de tal suerte la trastornaba, grabándose, cual sello en blanda cera, en la dureza diamantina de su corazón, hasta entonces desamorado y arisco.

Harto bien reconocía ella el inevitable vencimiento de su voluntad. Oía voces en lo interior de su alma que le cantaban cada vez que miraba á Miguel.

—¿Qué monada de muchacho! ¡Es un primor! ¡Es un brinquito! ¡Es un dije!

Dominada por tan poderosos íntimos ensalmos, no es de maravillar que Calitea, sin caer en lo que hacía, en vez de volver á su casa por el camino más corto, rodease bastante, prolongando la conversación.

—Vete, vete ya—dijo para terminarla.—Déjame, por Dios. No quiero que me vean contigo.

Y añadió, para que él supiese también el nombre de ella:

—Calitea te lo suplica.

—Yo te obedeceré, porque soy tu esclavo; pero no seas tirana, dulcísima Calitea, y no me hagas víctima de la más negra desesperación. Necesito hablarte con más reposo. ¡Sal esta noche á la ventana!

—¿Qué locura, cielos santos! ¿Qué locura!

—Apídate de mí. ¡Sal á hablar con quien te adora!

—Me avergüenzo de mí misma. ¡Cuán ruin concepto vas á formar de mí!... Ya estamos junto á mi casa. ¡Vete, vete!... ¿La ves? Es allí. Ven esta noche, á las doce.

Dijo esto, poniéndose colorada como la grana. Redobló el paso, casi echó á correr; y entró en su casa con precipitación, dejando al galán en medio de la calle.

VI

Bien se comprende la puntualidad y el contento con que el galán acudiría á la cita, á la que tampoco faltó Calitea.

La cita se repitió muchas noches, y en cada una crecía el entusiasmo de los dos enamorados, el alborozo que sentían al verse y la pura llama de aquellos dulces amores.

Calitea, sobre los planes y propósitos que Miguel le había confiado, levantaba en su imaginación un monte, un cúmulo gigantesco de futuras y brillantes prosperidades y triunfos.

Se casaría con Miguel cuando él conquistase una posición desahogada. Acaso sería menester aguardar cinco ó seis años; pero ella y él eran muy mozos, y ella tenía constancia, calma, y brío para aguardar. Entre tanto, se enorgullecía del papel que le tocaba hacer. Ella había descubierto todo el talento, todas las aptitudes de Miguel, y era ya y seguiría siendo luz más clara que revelase á él su propio valer, estrella que le sirviese de guía, y estímulo poderoso que despertase más su noble ambición y le moviese á emprender y llevar á cabo actos de virtud y obras de ingenio.

Soñaba Calitea que, como jardinera hábil que cultiva con esmero una planta generosa, la cual da al cabo sazonalísimo fruto, iba ella con influjo magistral á sacar de su amigo un héroe, un sabio, un político eminente, por donde, desde la obscuridad y pobreza en que vivían, acabarían ambos por alzarse unidos á las más luminosas y sublimes esferas sociales.

Y no soñaba así Calitea porque fuese ambiciosa. Ella se contentaba con la posición más humilde. Todo lo anhelaba por él y para él; y para que en mucha parte se lo debiese á ella; á la inspiración, al aliento, á la confianza y á la fe que en él tenía y que se lisonjaba de comunicarle, llenando su corazón de egregias esperanzas.

Tenía Calitea un gusto acendrado, y lejos de hablar de tales cosas con persistente seriedad, procuraba que la conversación fuese alegre, burlando, riendo y tratando de su cariño. Y hasta donde su limpia honestidad lo consentía, y con infantil candor, solía hacer á su amigo muy regalados favores. Tal vez le tomaba la mano, y, poniéndola palma con palma sobre la suya, celebraba lo bonita y lo pequeña que era. Tal vez se atrevía á tocar á su bigotillo, que hallaba suave como seda. Y tal vez enredaba entre sus dedos, y alisaba y acariciaba después, con delectación artística, los dorados rizos del muchacho.

Como éste distaba infinito de ser de piedra, no dejaba de alborotarse, y deseaba y pedía; pero la dignidad natural y la no fingida inocencia de la joven, más aún que la interposición de la reja, le tenían muy á raya. El más señalado favor que consiguió, en una ocasión sola, fué que ella acercara la frente para que él la besase; pero el beso fue fugitivo y tan somero, que apenas se posaron en aquella fresca tez los labios sedientos.

Aunque tan deliciosas entrevistas se celebraban con extraordinario sigilo, nada bastó á evitar que alguna vecina, de las que llamaba Calitea, con sobrada razón, atisbadoras, se enterase perfectamente de todo, y fuese al punto á referir el chisme á la persona á quien imaginó que más podía doler: al propio don Hermodoro.

Este, mortificado y lleno de celos y de envidia, acudió á quejarse y á lamentarse con doña Eduvigis, contándole lo que ocurría, con mil malignos rasgos y perfiles que lo tornaban reprehensible y aun pecaminoso.

¿Quién acertará á describir el furor que se apoderó de doña Eduvigis al saber sucesos tan graves? Las filípicas que echaba á Calitea eran elocuentes y feroces.

—Tú me vas á matar á disgustos—exclamaba.—¡Ay, ay! Si viviese tu padre no estarías tu tan emancipada. De él harías caso, ya que de mí no le haces. Al saber tu conducta se pondría hecho un tigre: te daría una soba y te metería de patitas en un convento. Mira en lo que han venido á parar tus arrogancias: en rendir tu voluntad realenga á un rapazuelo vulgar; en enamorarte como una loca de un pelafustán, grandul, sin oficio ni beneficio; que, según me aseguran, no tiene sobre qué caerse muerto ni para mandar rezar á un ciego. Y... ¡si fuese capaz de ganárselo con sus puños! Pero... nada.... ¿qué ha de ser capaz? Todos están de acuerdo en que es un chiquilicuatro, un mequetrefe, un alfeñique, un soldadete de caramelo ó de alcorza.

¡Lindo avio estamos haciendo! Medrada andará tu reputación en boca de los maldicientes. Te sacarán el pellejo á túrdigas. A mí me va á dar un soponcio, y me voy á quedar en él si no despidas á tu almiarado mozalbete. Es necesario que le despidas, que le mandes muy enhoramala y cuanto antes.

Con pocas variaciones, pero con muchas ampliaciones, pronunciaba doña Eduvigis este discurso seis ó siete veces cada día. A Calitea le entraba por un oído y la salía por el otro; mas aunque estaba hecha á las voces como los pájaros del ruedo, trataba de calmar á su madre, haciéndole caricias, diciéndole chistes hasta que la excitaba á reír, y asegurándole que Miguel era el mejor novio posible, y, sobre todo, que ella le quería; que jamás tendría otro novio; que estaba decidida á esperar años hasta que él tuviese medios para vivir con cierta holgura y casarse; y, por último, que si esto no se lograba, ella se quedaría soltera. Calitea, además, ponderaba los méritos de su novio y cuanto había que confiar en su porvenir por poco que la suerte le favoreciera.

La madre se aquietaba al fin, y toda su energía se gastaba en palabras, sin que hiciese, ni pudiese hacer, cosa alguna en contra de la resuelta y firme determinación de su hija.

Don Hermodoro, entre tanto, estaba picadísimo de que un descamisadillo obscuro le hubiese vencido y se hubiese hecho dueño de la joya que él codiciaba tanto; y como no podía desahogarse, reprimiendo á Calitea, la cólera reconcentrada le atenaceaba el corazón y le estimulaba y le pinchaba de continuo para que se vengase. Horrible era la pelea que habían trabado dentro de su alma las contrapuestas pasiones. Los celos no se andaban con chiquitas y pedían la muerte de aquel odioso rival; pero don Hermodoro era un señor grueso, sano, colorado y floreciente, que estimaba no poco la vida de los otros y mucho más la suya. Su caridad era tan inmensa, que si bien irradiaba sobre el linaje humano, le amparaba y le fomentaba á él más que á nadie, como su centro ó su foco. De aquí que don Hermodoro fuese caritativo con su propio ser y con los demás seres, hasta el punto de procurar desentenderse, para que no se le indigestasen, de que los cerdos, las perdices y los pollos que le servían, habían recibido violenta muerte á fin de que él se los comiera.

Con tal condición y disposición de espíritu, su sed de venganza era atroz; pero no sabía cómo dejarla satisfecha. Lo suponía todo con previsión admirable, y descubría colosales inconvenientes. Daba ya por hecho que ciertos jaques, pagados por él, iban á espantar, nada más que á espantar al mozuelo, y á hacerle huir de la ventana y aun de la calle; pero ¿y si el mozuelo tenía valor y se resistía? Entonces, las cuchilladas eran inevitables; y en su mente se presentaba ya muerto el rival, cuyo espectro ensangrentado venía por la noche á tirarle de los pies y á sacarle arrastrando de la cama. Otras veces se figuraba que se entablaba proceso judicial por la muerte de Miguelito: que se descubría que él había pagado á los asesinos; y que (no había más remedio) á él, á don Hermodoro, le llevaban á la horca. Era tal la excitación de sus nervios, que en sueños, y aun durante la vigilia, sentía el áspero roce de la soga que empezaba á apretarle el pescuezo.

La fuerza de estos remordimientos anticipados no hubiera consentido jamás que se proyectase nada contra Miguelito, si el pacífico mercader no hubiese tenido un secretario, muy picaro y muy adulator, que privaba con él, que lo dominaba, y á quien él confiaba todas sus penas y planes, pidiéndole consejo. El secretario presumía de valiente, y el medio que más empleaba para ganarse la estimación y la amistad de su amo, era referirle sus aventuras, atrevimientos, proezas y peligros.

La ocasión se ofrecía pintiparada para lucirse y prestar un gran servicio al mercader. Aseguróle el secretario que él se encargaba de ahuyentar al mozuelo sin hacerle apenas daño. Y D. Hermodoro, diciendo que no, sin comprometerse, explicándole siempre su intención de que no pasase el caso de lo que pudiera calificarse de bronca incruenta, consintió en lo que el secretario tramaba, y éste quedó comprometido á dar cima á un acto que, si



CHILE — GALERÍA DE SAN CARLOS EN SANTIAGO

bien algo violento, no podía tener consecuencias muy serias, por ser contra débil enemigo.

VII

Sin recelar desaguisado, Calitea y Miguel estaban, como de costumbre, hablando, una noche, á la reja. La calle era estrecha y tortuosa, pero en el cielo sin nubes relucían millares de estrellas. La luna creciente bañaba la amplitud del espacio en resplandor apacible y tenue. Las casas que entonces no tenían más de un piso, no impedían que la luz penetrara en la calle, y en ésta no reinaba la obscuridad, sino grata penumbra.

El silencio y el reposo eran completos.

Calitea, refrenando, con no estudiada ni aprendida maña, toda exigencia audaz y todo arrojo de su novio, sabía entretenerle con su charla y hacer que las horas volasen como por encanto.

Eran ya las dos de la madrugada.

Una sola cosa enojaba, á veces, al galán y le ponía enfurruñado. Calitea, sin saber y sin querer

acaso disimularlo, le trataba con tono protector y con un afecto que tenía algo de maternal; como la hermana mayor, aunque ella no lo era, trata al hermanito menor mimado. El se resentía tal vez, sin declarar su resentimiento porque le hubiera humillado, de que ella jugase con él como con un niño; pero pronto conjuraba ella la pasajera nube, haciéndole comprender que si gustaba de él como de precioso juguete, también le tomaba por lo serio; le estimaba como joya y le consideraba como á hombre de quien podían esperarse los más nobles hechos.

Aquella noche había habido una de estas pasajeras nubes, y Calitea, á fin de disiparla, dilató la conversación, adrede y más que de costumbre. Había hablado con gravedad de sus proyectos; de todo cuanto él debía ambicionar, y era capaz de conseguir.

Volviendo luego á las risas y á los juegos, porque la formalidad muy continuada la aburría y le infundía temor de aburrir, Calitea ponderó la pequeñez del pie de su novio y se empeñó en demos-

trar que no le tenía mayor que el de ella. Para esta demostración, después de obtener de Miguel, bajo palabra de honor, la promesa de que le devolvería un objeto que iba á darle prestado, se quitó un chapín para alargársele á través de los hierros y ver si se le calzaba.

Iba él á tomarle ya, cuando notó (lo que hasta entonces no había notado, ni Calitea tampoco por lo distraídos que ambos estaban) que dos hombres se le venían encima y se hallaban á cuatro ó cinco pasos de distancia.

Miguel echó mano á la espada; pero, aun antes de sacarla, dijo tranquilamente:

—Atrás, amigos. Y si quieren pasar, pasen pronto por la otra acera. Yo no les atajo el paso.

—Quien se va á alargar eres tú—contestó entonces con voz destemplada y ronca uno de aquellos espantajos.—¡Ea... pies en polvorosa, si no quieres que te zarre la badana!

La réplica de Miguel fué sacar la espada y caer sobre el desconocido, el cual no era torpe, y, encontrando imprevista resistencia, trataba de herir



HUYENDO DE LA PARTIDA
(Dibujo de C. Clerice.)

de todos modos, menudeando las estocadas con incansable fuerza de brazo y con alguna destreza. Por dicha era mucho mayor la destreza de Miguel, y paraba siempre con calma y primor inverosímiles en mozo de tan corta edad y de tan dulce aspecto.

Todo fué rápido; obra de tres ó cuatro minutos. Las estocadas que dió el jaque, si no se hubieran quedado en el aire, hubieran podido poblar un gran cementerio. Miguel, por lo pronto, se limitaba á parar y no respondía. Al fin, el jaque se echó á fondo con tan descompuesta furia, que se descubrió sin atinar á reponerse. Miguel paró bien, y

con cierto desdén de gran maestro y para terminar el lance con poca tragedia, atravesó al jaque el brazo, del cual, mal herido, se le cayó la espada.

El jaque fué entonces quien echó á correr, abandonando el campo y dejando en él un reguero de sangre.

El otro desconocido, que era, según se supo después, el secretario de D. Hermodoro, aunque estaba con la espada desnuda, ó porque no tuvo tiempo, ó de pura longaminidad, no la había esgrimido; y, apenas vió que huía su valeroso compañero, cuando consideró que no era vergüenza el huir, y trató de imitarle. Con turbación no pequeña an-

duvo algo lento y vacilante, y Miguel tuvo tiempo de llegar hasta él y de sacudirle de plano con la espada dos ó tres azotes, diciéndole: «¡Arre, arre!», como si fuese una acémila.

Despejada ya la calle, Miguel recogió la espada caída y se la trajo á Calitea, quien había presenciado el suceso, harto sobresaltada al principio y después maravillada y complacida hasta lo sumo.

—Guarda esa arma—dijo el galán—y cuélgala en tu cuarto como trofeo.

(Continuad.)

LA TUBERCULOSIS

CONFIDENCIAS MICROBIANAS

(Continuación) — Véase el número anterior

VI

Cementerios, el contagio y su transporte—Cremación y preocupación religiosa—Desinfección—Los hoteles—Las moscas y las pulgas—Medios de aislamiento y preservación—Medios de desinfección.

Me estaba pasando lo que al muchacho aquel, que agredido violentamente y por sorpresa, muerto de miedo, agacha las orejas y entre tímido y receloso aguanta y aguanta sin decir esta boca es mía, y á medida de irse calmando el valentón pendenciero, le viene el alma al cuerpo, empieza á cobrar coraje y poco á poco animándose por grados, llega el momento de á su vez alzar el gallo, no sin las debidas precauciones, para probar que no es cobarde aunque en realidad lo sea; así yo al notar que la cólera del bacilo iba decreciendo, hice firme propósito de mostrarle una decorosa resistencia, y en caso necesario decirle cuatro frescas y tratarlo como se merecía.

—Mira, para probarte nuestro poder, te bastará con saber, que tendríamos bastante con los cementerios para inundar á todo Buenos Aires; sembrar el contagio tuberculoso como y á donde quisiéramos, proseguía el bacilo intimamente convencido de lo que decía; un tuberculoso en un cementerio de Buenos Aires, equivale á un arsenal de guerra capaz de abastecer al ejército más numeroso que se haya conocido. Analiza si quieres y puedes, esos procedimientos de enterramiento en bóvedas y nichos en fosas y en panteones; observa como pululan los microbios en los cajones, en las paredes, en el aire que sale á borbotones á espensas de los gases dilatados; mira como somos transportados por los guardianes, en sus ropas, en sus manos, en su calzado; mira como la preocupación se encarga de sacarnos de los subterráneos; con el arreglo y limpieza de las capillas tenemos bastante para llegar á cada momento hasta el corazón de la ciudad, al seno de las familias; ellas nos traen lozanas y olorosas flores que depositan con fervor religioso, ó por rutina ó vanidad, y en cambio llevan hasta en la planta de sus pies los gérmenes que han de fructificar más tarde en terreno ya preparado; y si quieres más, vete á la mansión del pobre, á la humilde fosa, al campo de la desdicha sembrado de cruces; allá en la superficie del suelo regado con algunas lágrimas ardientes y apasionadas, allá nos encontrarás seguramente si quieres encontrarnos; del fondo de la fosa nos han sacado caritativamente los gusanos, y hasta las lombrices que nos alojan en sus órganos reproductivos; préstamos sequedad y agita, la atmósfera y con el aire nos lanzaremos por esos mundos de Dios, con los mismos bríos y pujanza que teníamos antes de habernos llevado á la mansión de los muertos, sin que la mansión del silencio haya podido en lo más mínimos quebrantar nuestros propósitos. Creo que después de lo manifestado, puede uno decirte que por mucho que hagan y por mucho que discurren será tiempo perdido, no nos exterminarán, como no puede exterminarse la germinación de las semillas que el viento deposita en la sábana inmensa de la Pampa.

—Eso allí se verá!—contestaba yo medio corrido con las brabatas del microbio:—cuando desaparezcan los cementerios, porque han de desaparecer, eso como la luz, si, señor como la luz, insistía yo cobrando coraje, cuando quede establecida la práctica soberana de la cremación, entonces no cantarán ustedes el himno de la victoria.

—La cremación! ¡la cremación!... pues no le pide nada el cuerpo que digamos, no le pide ni tanto así!... — exclamaba socarronamente el microorganismo, como quien oye el mayor de los despropósitos, ó la utopía más irrealizable que pueda concebirse.

—¿Acaso no la tenemos ya establecida aquí en la Casa de Aislamiento? ¿en el Lazareto de Martín García? ¿Acaso no se creman en estos establecimientos los cadáveres de enfermedades infecciosas, y por ventura no está aceptada la cremación por todo el mundo; acaso no se la tolera? exclamaba yo con legítimo orgullo y tratando de dar un revolcón al bacilo tuberculoso.

—Lirismo, puro lirismo, contestaba con la mayor frescura; la cremación no hará camino, porque para su planteamiento se tropieza con la gran preocupación de las sociedades, se tropieza nada menos que con la idea y creencia religiosa. Al surgir el cristianismo, todo su afán, todo su empeño, fué el abandonar las prácticas paganas con las que estaba en abierta oposición, y así nacieron los enterramientos en las catacumbas, luego los enterramientos ó cementerios, y quedó por completo olvidada la cremación hasta el advenimiento de la Reforma, en que fué necesario recurrir á la incineración para depurar con ella á la religión cristiana y empezó el achicharramiento



de herejes y el aventar cenizas que era un contento: ahora anatematizan la cremación y santifican la ceniza por otra parte

—Parece, según creo, que ustedes los microbios no son muy fuertes que digamos, en materias religiosas; por las trazas me parece á mí que son poco menos que ateos—replicaba yo chuleándole á mi vez y tomándome la revancha.

—Si eso lo dices por la jugarreta de micrococo prodigioso que vino á echar por tierra el célebre milagro de la substanciación de la sangre, te llevas un chasco soberano, porque todo el mundo sabe que la colonización de ese inofensivo microbio que tanto abunda en el aire, produce la mancha de sangre, por poseer esa propiedad colorante y nada más: deja á cada uno sus creencias, religiosas y respeta todas las doctrinas; acuérdate de Voltaire que, á pesar de lo poco limpio que era en estas materias, no tuvo inconveniente en decir paladinamente, que si Dios no existiera sería preciso inventarlo, porque la religión es indispensable para la ordenada evolución de las sociedades, para la satisfacción del espíritu y para la paz del corazón. Dejando á parte estas enojosas y delicadas cuestiones que no vienen á cuento, proseguía diciéndome el bacilo, y volviendo á nuestro tema, sostengo que la cremación no hará camino, y no creas que porque la sociedad no le conceda la importancia que tiene, no, nada de esto, sino porque á la especie humana la tienen ustedes en menor estima que á la especie vacuna ó lanar.

—¿Qué barbaridad!... — no pude por menos de exclamar al oír tal desatino en boca de un microbio.



—¿Qué barbaridad! ¡qué barbaridad! ¡qué barbaridad!... pues no parece sino que tú fueras el comisario de policía de la Verbená. ¿Y por qué es una barbaridad? vamos á ver, increpaba el microorganismo. Todo el mundo sabe que la crema-

ción destruye de una manera terminante y radical un foco contagioso; saben igualmente que el enterramiento lo deja latente, lo deja subsistente; y sin embargo, entierran hasta en el centro de la ciudad, y no adoptan la cremación para todas las enfermedades contagiosas; pero observa el contraste, y afirmate bien para que no caigas de espaldas; se desarrolla en el campo una epidemia de carbunco, por ejemplo, y á fin de preservar las haciendas, ó lo que es lo mismo, el bolsillo, queman á los animales sin sacarles el cuero; hasta se desaloja el campo porque saben lo que les cuesta la mortandad de las vacas ó capones, ó lo que es lo mismo, se preserva al animal de una manera decisiva, mientras al hombre no se trata de preservarlo; el hombre vale menos que un animal vacuno ó lanar, y así se le abandona á su suerte, como si fuera una raza cimarrona indigna de cuidado alguno.

—En esto puede que tenga razón el bacilo, pensaba yo al escuchar las contundentes razones que á boca de jarro me estaba espetando.

—Y tan tengo razón—proseguía el tuberculoso muy orondo—que por eso estoy convencido de que si para exterminarnos cuentas con la tan decantada cremación, ya puede la especie humana echar las barbas á remojo, pues por este lado va á encontrar la puerta cerrada y bien defendida por la rutina, la preocupación, el orgullo y la animalidad.

—Contamos con la desinfección para exterminar y circunscribir las enfermedades infecciosas, y sobre todo la tuberculosis.

—Lo que sucede con la cremación, es *pan bendito y tortas fritas*, con relación á eso que vosotros llamais desinfección; mira, ten cuidado no vayas á quedar vizco: Llega un tuberculoso á un hotel, y se instala en su habitación regularmente confortable, buena alfombra, cortinados, cama mullida y tapizada; mueblaje capitoné con ó sin fundas, su lavatorio con servicio de toallas, su cómoda ó ropero y su mesita redonda indispensable: El enfermo tose y espectora donde se le ocurre, suda en la cama, y duerme la siesta ó pasa horas recostado en el mullido sofá: Va de una á otra parte, pasa al comedor, cruza los corredores y vestibulos y por todas partes va sembrando gérmenes. Permanece en el hotel, ó se marcha con la música á otra parte, y se efectúa la limpieza al siguiente día, pasando escoba y plumero, arreglando la cama, componiendo las fundas, y retirando la ropa blanca, para en muchas ocasiones, como han visto estos ojos que se ha de comer la tierra, en lugar de ir al canasto de la ropa sucia, pasar al cuarto de plancha, para servirlos á otro huesped como nuevas y limpias.

En aquella casa y en aquella habitación quedamos nosotros los bacilos tuberculosos dueños soberanos, y así sin que pudiera sospecharlo el nuevo huesped, lo asediamos con el aire, y con las ropas y con los muebles, y con todo finalmente, hasta que conseguimos insinuarnos por sus pulmones, ó por la boca, ó por alguna pequeña escoriación, sin que pueda ser notado, y si el huesped tiene poca resistencia, si está predispuesto, que acuda á Poncio Pilato, ya tiene encima la tuberculosis, á pesar de cuanta instalación de desinfección pueda haber en la ciudad.

—Es cierto, contestaba yo que no podía por menos de reconocer la trasmisión del contagio por este procedimiento tan común; es cierto pero no está lejano el día en que los hoteles dejen de ser focos de infección, planteándose casas de salud, institutos de sanidad á donde vayan á parar los enfermos y castigándose severamente á los hoteles que los reciban, obligándoles además á tener implantada la desinfección para las ropas, pisos y paredes, á tener un mueblaje y servicio refractario á la trasmisión contagiosa.

—Música celestial!!! interrumpía el bacilo en son de la mayor incredulidad; todo eso es... lo que el torero Pucheta contestó á la reina Isabel en una célebre ocasión; eso ni se hace ni se hará en muchísimo tiempo, y camparemos por nuestros respetos mientras haya hoteles y hoteleros y siempre que haya personas que se atrevan con ellos.

—Pero no está lejano el día en que la desinfección sea un hecho evidente, reclamado por la propia conservación, por el conocimiento de las prácticas de preservación: entonces...

—¡Entonces, entonces... nada, interrumpía brutalmente el microorganismo, que por lo visto pretendía montar otra vez el picazo. ¿Acaso no hay moscas; acaso se han acabado los mosquitos? ¡no viven por ventura las chinches, pulgas y multitud de alimañas que también saben transportarnos!... ¡Pues entonces, proseguía sin dejar que yo replicara, con la mayor lisura del mundo podemos mariposar y hacer nuestra regalada gana; y por último, mientras haya productos tuberculosos, mientras haya un enfermo que los produzca, sabremos difundirlos aunque lo coloquemos en una urna de cristal.

—Eso no, voto á Diego!... exclamé yo arrogantemente y perdiendo el miedo; un tuberculoso

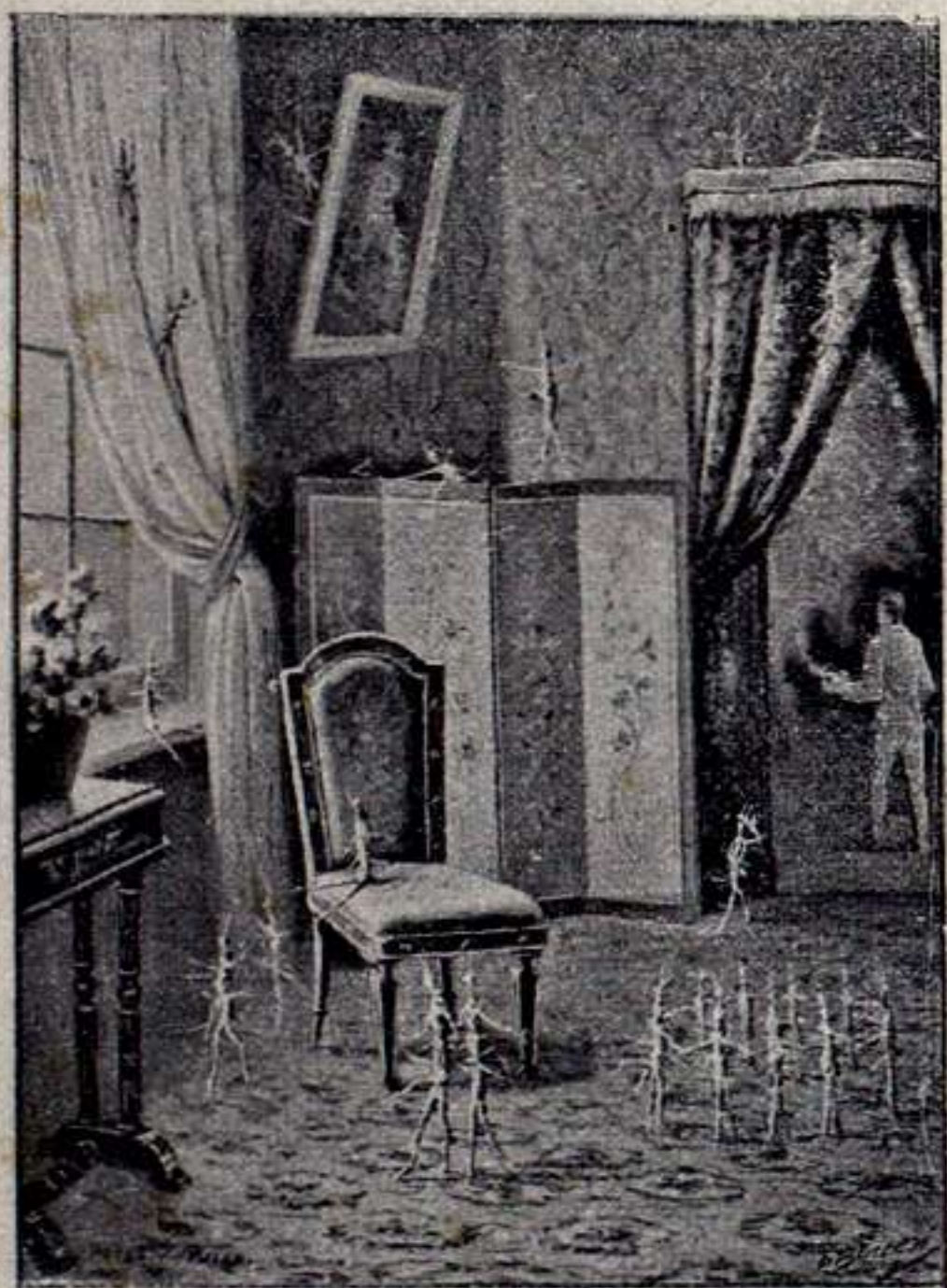
dejará de ser contagioso siempre que con él se observen las debidas prácticas de la desinfección; sabiendo como sabemos que el contagio reside en el esputo, lo depositaremos en salivaderas húmedas y cerradas para evitar la acción de la desecación que es lo que disemina los bacilos, y donde se surten las moscas y los mosquitos tomando en las patas y chupones el material cargado con los gérmenes; todo cuanto tenga contacto más o menos directo con el enfermo, lo sumergiremos en el agua hirviendo, o lo esterilizaremos con el vapor o sustancias químicas, y así evitamos la difusión del contagio, pues lo único que no se esteriliza es el aliento, el producto de la respiración, que aunque proceda de un pulmón, fusionado o totalmente destruido, no puede arrastrar germen alguno. Podremos compararnos al químico que encerrado en su laboratorio y manejando cuerpos, dilátaseles con las precauciones que la ciencia aconseja, los puede estudiar y combinar sin el menor peligro: todo es cuestión de conocer el agente, saber cuales son sus propiedades, de igual manera que el químico conoce sus efectos, sus reacciones; de esta manera se puede actualmente con los medios de defensa que disponemos, evitar la difusión de los gérmenes, y mantener a un tuberculoso sin que su presencia constituya un peligro para las personas que lo rodean.

—Además—proseguía diciendo yo con animación y firmeza, hemos dado un paso avanzado con obligar a denunciar todo fallecimiento originado por la tuberculosis, porque de esta manera iremos exterminando focos y más focos, y así evitaremos la difusión del contagio.

—¿Ustedes creen que han puesto una pica en Flandes por que han hecho obligatoria la denuncia?

—Es un paso avanzado, contestaba yo, que no podía menos de felicitarme por la trascendencia que tiene la oportunidad de la desinfección.

—Pero no ves que es soberanamente ridículo, y viene a confirmar aquello de que *después del asno muerto la cebada al rabo*; se dan por satisfechos con desinfectar la habitación que ocupó el enfer-



mo, y lo han dejado durante toda su enfermedad que fuera sembrando su camino con agentes contagiosos. Creen haber dado un paso avanzado, y lo que han hecho es probar su ineptitud. Desinfectar la habitación! ¿y con qué? es heroico el procedimiento que se emplea: ¿creen que sí?... pues buen provecho les haga, y reciban mis felicitaciones por las tragaderas: blanquean con cal y piensan que ya han quedado esterilizadas las paredes, y para que puedan convencerse de lo contrario no tienen más que raspar un poco, diluirlo en agua y llevarlo debajo de la piel o en el vientre de un conejito de Indias, y no tardarán en observar una tuberculosis típica: y luego fíese usted de blanqueos y de cales.

—Pero si nadie emplea ya la cal!... interrumpía yo resueltamente, lo que se emplea es la solución de bicloruro de mercurio para lavar las paredes y pisos, cuando no se raspan o restregan de otra manera.

—Eso de desinfectar solamente la habitación que ocupó el enfermo, seguía diciendo el bacilo sin tomar en cuenta lo que acababa de decirle; es no tener sentido común; si señor, aquí prueban que carecen de él: si el aire pasa a todos los departamentos natural es el suponer que también ha de penetrar el cuerpo del delito, así nos reímos en grande cuando después de pasearnos a nuestras anchas por la atmósfera que rodea al tuberculoso, salimos a las habitaciones contiguas y descansamos cómodamente en colgaduras, cortinados y muebles, desde donde presenciábamos la manipulación desinfectante destornillándonos de risa: nosotros descansamos en el cielo raso, en las paredes, en el suelo, en todas partes, y cual ejército a discreción

vivaqueamos en la atmósfera, dispuestos a salir en tropel, para dar un malón en alguna casa vecina, o donde quiera llevamos la corriente.

—¿A no ser que se verifique la autopurificación, exclamaba yo lleno de arrogancia, es decir la dilatación, pues ustedes en la atmósfera los sucede lo que a la gota de vino que cae en una palangana de agua, se dilatan sus moléculas y ni trazos ostensibles quedan de su existencia.



—Oye, oye, oye!!! para los piés, como diría el tabernero; ya sabe todo el mundo que podemos estar en número incontable en la atmósfera, y por eso nos han mal contado, si señor muy mal contado, hasta setenta mil por metro cúbico en algunos sitios, si señor hasta setenta mil microorganismos!... con que así... hay que distinguir, por que tú muchas veces no distingues: Pues como decía antes, seguía muy chulo el bacilo; la desinfección tal como la hacen ni es chicha ni limoná. ¿Qué le importa a un estanciero que le mate el temporal mil ovejas o quinientas vacas, cuando tiene cien mil de las primeras y veinte mil de las segundas, y está seguro de una buena *parición*?

¿Qué puede importarnos a nosotros el que maten una arreada de bacilos tuberculosos en la habitación del enfermo, cuando nos dejan muy orondos en el resto de la casa, y hasta en las ropas y los muebles, seguros como estamos de una maravillosa y estupenda *parición*, infinitamente superior a la que espera el opulento estanciero?...

—¿Y si se hiciera la desinfección en toda la casa, y cada ocho días mientras durase la enfermedad? entonces sería otra cosa con *guitarra*—exclamaba yo dirigiéndole una estocada a fondo al bacilo.

—Eso sería otro cantar! pero como no se llevará a efecto, podemos descansar—contestaba con toda flemma el microorganismo: no se hará porque se oponen vuestras costumbres; no se hará porque nadie quiere ser molestado; y no se hará porque precisamente sería esto lo más oportuno, y vosotros tenéis el don de errar. Luego si se tomase la cosa tan a pecho, quedarían burlados, si, señor, burlados como siempre; iríamos por esas calles de Dios sembrando focos y largando bacilos, y quedaríamos en los tramways y en los coches de alquiler, y en las plazas y hasta en los bancos.

—¿Ya se tendrá en cuenta!—contestaba yo verdaderamente amostazado ante la insolencia del alemán, es decir, del bacilo de Koch.

—¿Y aunque se tome en cuenta, qué es lo que harían? ¡vamos a ver! ¿qué es lo que harían?—insistía como provocándome.

SILVERIO DOMÍNGUEZ.

(Continuará.)



ARTES Y LETRAS

A Enrique Frezas.

Mi corazón es un nido
En que, burlando al invierno
Canta un pájaro sin alas
El himno de los recuerdos.

M. DEL PALACIO.

¿Cuándo fué? Hace mucho tiempo: vamos perdiendo la cuenta de los años, y en vano nos martiriza el recuerdo y nos consuela la esperanza de un porvenir venturoso. Memorias e ilusiones van al viejo cesto del olvido: flotan esos papelitos recortados de color de rosa, en que apuntamos nuestras risueñas perspectivas soñadoras, y parecen con el suave tono de su color, querer fijarse en la retina con persistencia inquebrantable. Pero es trabajo inútil, alimento pueril de almas ilusorias; el arte... se fué. ¿Volverá?

Algún chispazo inesperado renueva la hoguera fantaseadora, y semeja fuego fátuo que alucina al caminante: una actriz o un actor dan... una nota culminante, y el ansia se apodera de nuestro ánimo, la esperanza se amalgama con el deseo, la voluntad permanece inactiva, y la razón perturbada, conmovida, no nos regula pauta directora para abrirnos camino en el incierto vaivén de las escenas teatrales.

¡Ahora vá de veras! parecen decirnos ocultos duendecillos, al oído: ¡ahora va de veras! parecen repetir, diez, veinte, cientos de espectadores, más entusiastas que acertados: ¡ésta es una artista! ¡éste es un actor! y los aplausos se reanudan, y se *bisa* lo cantado, y se aplaude con mayor entusiasmo... y para remate y coronamiento, las crónicas y croniquillas de los revisteros de teatros, hacen común causa con el público bonachón y apasionado.

Ayer... fué una pieza teatral, de movimiento, de acción y con un *tanquito de sentido común*, como decía un amigo mío; después un actor nuevo, desconocido, vió flotar su nombre, casi entre las celebridades del género cómico; hoy es una artista simpática, cantante regular, muy *movediza* en escena, que se lleva la palma, las palmas y las palmas.

En tierra de ciegos... etc., etc. ¡A lo que hemos llegado! Vamos por partes.

No sé quienes, y mis humildes crónicas teatrales con ellos, han defendido a los autores modernos en muchos de los imbroglios que en el género *chico* nos prodigan, *no per se*, sino... *per accidens*: es decir, que no son sus obras ni pasables en el sentido absoluto de la crítica teatral, y admiten tal calificación por... las circunstancias, *verbi gratia*: el no haber cantantes, ni actores, ni... otras muchísimas cosas que me callo por muchísimos respetos.

Vale decir que dichas obras debieran venderse como las del protagonista de *El dramaturgo desventurado* en los siguientes versos que recorto de una correspondencia de un simpático diario español, que en vano lucha con el arte, y por el arte, entre nosotros; véase la clase:

«Un día, en Albarracín,
sentí bullir una cosa
por dentro de mi magín,
y dí a luz un drama en prosa
titulado *El Calceñin*.
No me las echo de autor,
pero dije: «Pues, señor,
¿qué haré yo para comer?»
Y no sabiendo qué hacer,
hice un drama superior
¡Superior! No me retracto
de afirmarlo, aun siendo mío.
Lo que disfruté mi tío
cuando leyó el sexto acto,
que es en donde empieza el lío!
Después de leer la obra
con éxito a mi mamá,
se la lei con zozobra
a cierto escritor que ya
tiene experiencia de sobra,
y me dijo: «Bernabé
gastemos poca saliva.
Créame usted, y no escriba
pues *El Calceñin* de usted
no es del género que hoy priva.»
¿No ha de privar, Dios eterno?
Siendo el drama rechazado,
a mí me priva de un terno
que ya tenía pensado
comprarme para este invierno.
La reforma fué precisa,
dí al drama forma concisa,
le quité el acto primero,
puse escenas al tercero
que hacían morir de risa,
y hecho comedia quedó,
y a Mario se lo lei
y no sé si le gustó;
sólo me dijo que no
volviera más por allí.
Creyendo ya necesario
hacer del drama zarzuela,
se lo dí a mi primo Hilario,
que a más de ser boticario
sabe tocar la vihuela
y escribe con tal frescura
música alegre que pasma.
Pero, por mi desventura,
en vez de una partitura,
compuso una cataplasma!
La música rechazé,
rompí con mi primo el pacto,
y el que un tiempo drama fué
quedó reducido a un acto,
y a Eslava me lo llevé.
Al reclamarlo, aburrido,
me dijeron: «Se ha perdido»
y he pasado un año entero
sin saber el paradero
de mi engendro maldecido.
Más ayer probé en la cena
que me dió Pepe Santoja
un queso de *tez morena*,
procedente de la lonja
de *La Fama*, que es muy buena,
y me quedé patético
viendo impresas en el queso
dos escenas de mi drama.
¡Le habían comprado al peso
en la lonja de *La Fama*!»

Parecerá un poco dura la observación para los autores de comedias, juguetes disparates..., última calificación ésta, la más apropiada en la generalidad de los casos para estos partos literarios; pero es forzoso volver de una vez, con lentitud, con pausado medir, con intencionada e inteligente gradación ascendente, es cierto, al camino del arte-verdad, sumando elementos y aportando esfuerzos y estímulo, para la regeneración de nuestro teatro en este género, ligero pero cómico, de buena ley, porque abogan y suspiran los que miran a más felices tiempos y a épocas menos desdichadas, ante el oropelesco espectáculo de actualidad

Si la verdad se impone siempre, la verdad es asimismo amarga para el que delinque: y los delinquentes son... muchos, en la generalidad de los casos; actores, empresarios, público, diarios

todos en él pusisteis vuestras manos y ni las faltas de los más, disculpan a los otros, ni las disculpas tienen fuerza de ley, cuando de arte y de letras se trata.

Porque por tal camino, llegaremos a considerar como la cosa más natural del mundo el que se corten retazos musicales y literarios y se presente con el pomposo título, en grandes caracteres, de «Estreno», una obra de composición y pegotes, como la que en la pasada crónica registrábamos en un rápido ojeo de *Los Ojeadores*, llamando *maestro compositor*, al que se presentaba como autor de la repartición, digo, de la partitura.

Y tan pervertido anda el gusto, y a tales extremos endereza plumas é inteligencias, que a pesar del gracejo, y del talento reconocido de su autor, en *El Regicida*, comedia estrenada y aplaudida en el teatro «Olimpo», corre el escritor por el resbaladizo plano de chistes atrevidos y poco cultos, buscando efectos que al fin y a la postre perjudican más que a nadie, a quien prodiga y derrocha su inteligencia por seguir la corriente.

Esta desviación, lógica en el ambiente que actrices y actores respiran, se produce a ojos vistas, en los artistas que valen algo, de nuestros teatros por secciones; y así hemos visto caer a Juárez, hoy reflejo pobre de lo que fué; caer a Gil, quien sin embargo, parece levantarse a cien codos, algunas veces; descender a Mesejo, que sube, sin embargo, cuando quiere; y torcerse, no mucho aún, pero ya empieza, a un actor de buena escuela como Palmada, que hace hoy las delicias del teatro «Rivadavia».

No van las actrices por mejor sendero: lo hemos dicho ya, y la opinión ha comprobado con su favor y con sus aplausos a tres de las artistas más en boga: la Lola Millanes en su género flamenco y en



DON DIEGO PONS,
PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD RURAL DE MONTEVIDEO

ciertos y muy contados papeles del género más picaresco; la Mariscal, que dominando al fin la afonía que tan desfavorablemente la hiciera presentarse ante nuestro público, se ha colocado en el terreno que de derecho la corresponde, y la Peralles, actriz vivísima y entusiasta, que necesita tan sólo dominar los defectos de vocalización y tener quien la enseñe el camino del arte, para ser una buena cantante en regla. No contamos a la García,

cuya fama está bien asentada, y que *debutará* por enésima vez dentro de pocos días, en el Rivadavia, por que... hay que oírle en esta... nueva temporada de su trabajo artístico.

Quedan... la Toscano, la Paris, la... pero ¿a que continuar? Las hay discretas y las hay indiscretas; *pas plus*: especialmente esta actriz del teatro Olimpo que, *próximamente* (sic) dará su beneficio, debiera entender: que las bellezas físicas no encubren ni la pobreza de estudio ni la pobreza de acción, y que como dijo el poeta

Pobres hay que con estudio,
Con fe y amor al trabajo
La escalera se fabrican,
Peldaño tras de peldaño,
Por donde a la dicha ascienden,
Al respeto y al aplauso.

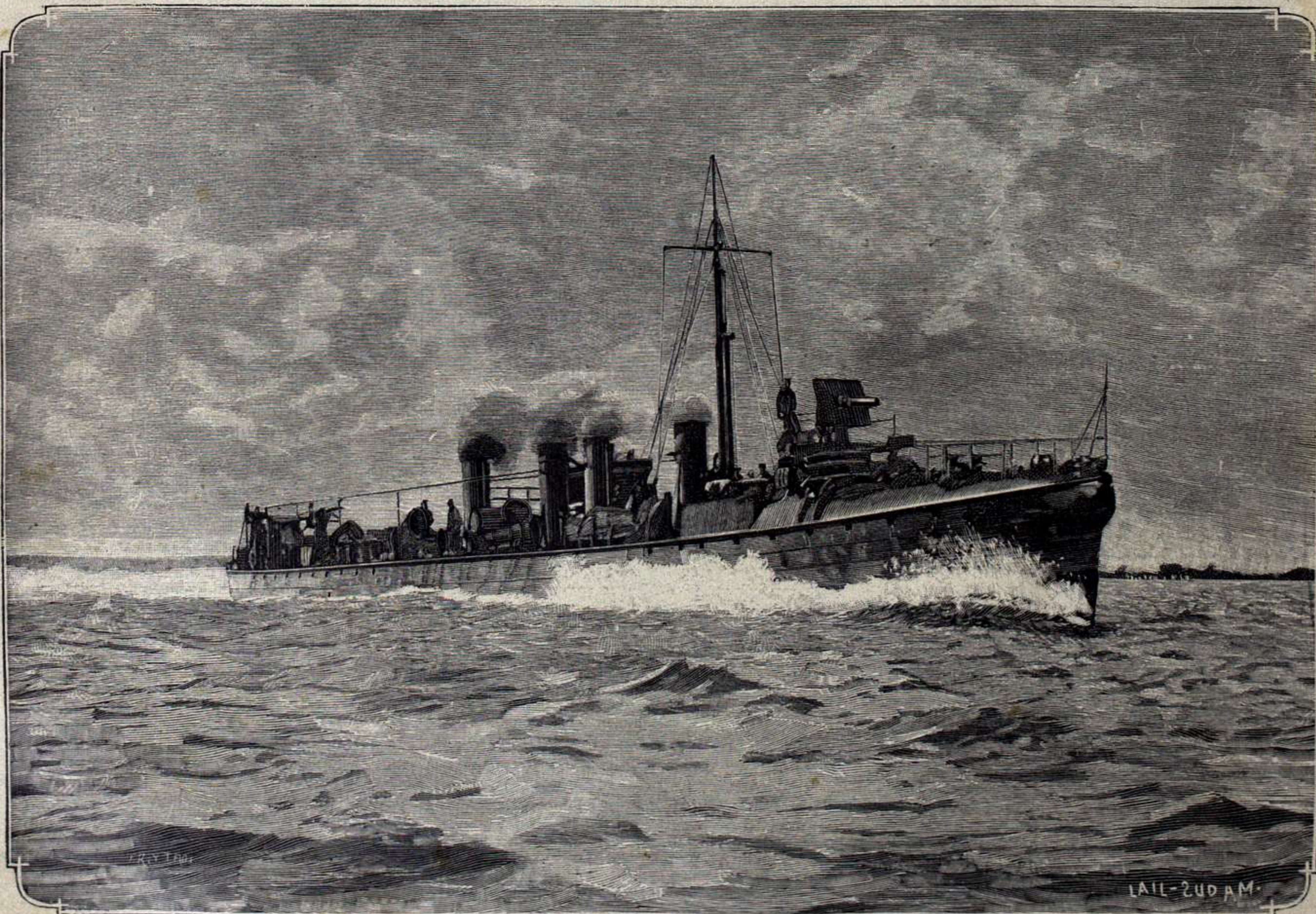
y no hay otro camino para alcanzar las palmas de la crítica y los aplausos del público inteligente.

Hay cambios, modificaciones, novedades y sorpresas para la próxima temporada invernal de nuestros teatros por secciones; todo un programa, del que, por lo extenso, hacemos gracia a nuestros lectores. Tal actor y tal actriz a tal teatro: cual otro y cual otra, a aqueste coliseo: un refuerzo de artistas *que vienen de Madrid*, para esta empresa; Frégoli, el genial y aplaudidísimo (en la villa y corte española) artista italiano, a aquella otra, y mientras tanto, nosotros aquí, aplaudiendo con entusiasmo, en la Comedia, a la nueva tiple cómica, Carmen Muñoz.

No es la artista recién llegada, a la que acompañaba aureola de aplausos, vtores y alabanzas desde la capital hispana, una actriz de

singular mérito y prodigiosa voz, pero es, en el género cómico que cultiva con gracia exquisita, lo... mejor que tenemos, hoy por hoy. De poca estatura, de graciosos movimientos, de soltura (demasiada soltura a veces) y viveza juveniles que atraen y cautivan al espectador, sabe cantar, salvando con su agradable voz, todos los escollos del género, con inteligencia y acierto.

El día de su primera presentación al público



EL "HORNET" — TIPO DE DESTRUCTORES DE TORPEDOS Torpedo Boat Destroyers

arrebató á la concurrencia que, en explosión de aplausos, la manifestaba su agrado y satisfacción, especialmente en «La Segunda Tiple» en que desempeñó á conciencia, y con talento, cuatro papeles distintos. La *canzoneta* italiana provocó ruidosos bravos y palmadas por la picaresca gracia con que cantó la simpática tiple cómica; de *mono sabio*, alborotó á los concurrentes que se destrozan las manos aplaudiendo, y de sirvienta achulapada, cuando sale, con su cesta al brazo, y su descoco en la lengua, y su mirar provocativo,

y echa á andar por esas tablas
pisando fuerte, *toa* la gente
grita ¡bravo! y dice al verla:
¡Bendita sea la madre
que te echó sobre la tierra!

Se vió manifiesto, en la graciosa artista del teatro de la Comedia, su *excesivo* deseo de agradar. ¡Si valiera el consejo de que no se deje arrebatarse por las oleadas de vítores y palmadas! ¡Que modere! ¡Que se modere!

El 16 de Marzo se estrenó en el teatro de la Zarzuela, en Madrid, la nueva ópera del insigne maestro Bretón: *Dolores*.

El éxito que obtuvo fué de los más grandes, espontáneos y unánimes.

Con instinto certero se ha asimilado el compositor los más exquisito y peculiar de los cantos del pueblo español. La fuerza dramática se revela potente, ardorosa, vibrante y creadora. Late la pasión, y bulle el sentimiento en cada frase, en cada melodía.

Inaugura la ópera un prelude, verdadera maravilla de expresión musical y de instrumentación moderna, que produjo viva y honda impresión en el público.

La escena en la plaza del mercado, la salida del sargento, el terceto y el dúo que siguen, el pasacalle, la rondalla y la jota del primer acto, son números musicales de primer orden.

La explosión de entusiasmo que produjeron no es posible describirla.

En el segundo acto, se aplaudieron mucho el madrigal que cantó el tenor Simonetti y el scherzo de Patricio. La lección de toreo, que acusa Sigler, fué repetida entre estruendosos aplausos. El dúo de tiple y barítono, el terceto de Dolores, Rojas y Patricio, son números magistrales. El dúo de



DOCTOR FRANCISCO DE VEYGA,
CIRUJANO DE DIVISIÓN, JEFE DEL SERVICIO DE SANIDAD
DE LA GUARNICIÓN DE BUENOS AIRES.
PROFESOR DE LA FACULTAD DE MEDICINA.

amor es una página musical de un timbre novísimo, de maravillosa ternura. El final, compuesto de paso doble, música interna y campanas, produjo verdadera sensación.

El prelude que sirve de introducción del acto tercero está adornado con primorosos detalles orquestales. Sigue un lindísimo *duetto* de tenores, una escena entre el coro y Patricio, un dúo de Gaspar y Dolores, y una preciosísima romanza de tiple.

El maravilloso dúo, número capital de la ópera,

después de la jota, entre Dolores y Lázaro, podrá citarse eternamente como modelo.

Bretón ha hecho una obra donde ha unido, al profundo conocimiento de todos los recuerdos de la armonía, una manera personal y originalísima y una inspiración inagotable y espontánea en cada uno de los números musicales.

Este, que es un resumen de cuanto los críticos madrileños exponen, tiene su acotación con las siguientes observaciones de *El Liberal* al libreto sacado por el maestro del conocido drama de Feliú y Codina:

«Aconsejamos al autor que en lo sucesivo procure esmerarse en la parte literaria de sus futuras producciones, empleando un lenguaje y unos versos más poéticos y levantados que los que ha utilizado para *La Dolores*. Hay allí prosaismos inadmisibles, que riñen en absoluto con la facilidad, elevación y galanura que debe tener la palabra de los cantables.»

Agregan aquellos diarios que al terminar la representación, la ovación que se tributó al maestro Bretón revistió tales caracteres que se convirtió en una solemne manifestación de admiración nacional á su talento.

El público que llenaba el teatro, no contento con aplaudirle, quiso acompañarle hasta su casa, dando gritos de: ¡Viva la ópera española!

—¿Qué hay de telón adentro?

—Cuentos y chismes.

—¿Y de telón afuera?

—Chismes y cuentos.

—Entonces ¡es lo mismo!

—Si: sólo que lo uno es teatro... por secciones, y lo otro es teatro... por acciones: en el mundo, llevamos todos nuestra parte.

BERRITZU.

DON DIEGO PONS

No es sin vivo placer que, al dar una vista general de la Exposición Nacional que en estos momentos se realiza en Montevideo, honra



REPUBLICA ARGENTINA — CORDOBA — CAPILLA DEL MONTE — [Comunicaciones por el Ferrocarril Central Argentino.
(de fotografía de A. W. Boote y C^{ia}.)

mos nuestra revista con el retrato de su iniciador y le tributamos un caluroso aplauso que bien se merece su obra magna, digna de enorgullecer a cualquier corazón patriota. Cuando todos los jóvenes de su generación se entregaban a los placeres de la vida mundana, a que bien podía él haber aspirado, ya que no tenía las preocupaciones de la lucha por la existencia, y puesto que la fortuna le sonrió desde la cuna, prefirió Diego Pons imitar el ejemplo de su laborioso padre y tener por norte de su vida el trabajo, para amasar una fortuna por sus propias manos.

Después de trabajar asiduamente al lado de su padre, sintió que le sobraban fuerzas para un campo de acción relativamente estrecho, y fundó en Toledo la granja que es hoy, a la par de la de Vidiella, un modelo digno de servir de pauta, y tal grado de adelanto ha alcanzado merced a los inteligentes cuidados y acertada dirección de su dueño. Son demasiado conocidos los productos del cortijo de Pons para que los mencionemos detalladamente; y entre los cuales, rayan a gran altura los exquisitos vinos, de tipos tan selectos, que pueden competir con los mejores que recibimos de Europa. No paró aquí la obra de Pons. Incorporado a la Asociación Rural del Uruguay, esa benemérita corporación que desde hace 30 años viene prestando indiscutibles servicios al país, fomentando la agricultura y la ganadería con arreglo a los últimos progresos alcanzados en los grandes centros agropecuarios de Francia y de Inglaterra, no tardó en hacer sentir su acción enérgica y su espíritu de empresa, destruyendo imposibles y venciendo obstáculos para llegar a hacer carne las avanzadimas ideas de sus antecesores en la Rural, que no pudieron nunca llegar al desideratum por haber tenido que luchar siempre no sólo con la falta de los elementos necesarios para la realización de las grandes obras, sino también con la indiferencia de los gobiernos, pues solamente en tiempo del Coronel Latorre, que tanto hizo en pro de la agricultura y la ganadería en su patria, y del General Tajés, que siguió las huellas del Coronel Latorre, poco o nada se preocuparon de la benemérita asociación, que languidecía en la impotencia.

Todo lo que Pons ha hecho por los fines de la institución que lo ha colocado en su Presidencia en premio de su gestión laboriosa, está ahí palpante de vida, revelada en las nutridísimas páginas del «Boletín de la Asociación Rural» y en el grande y hermoso torneo que, bajo los auspicios del juicioso gobierno de don Juan Idiarte Borda, revela a toda nuestra América que aquí hay una colmena de hombres laboriosos, que merced a su contracción en el trabajo y a su amor a la paz, está convirtiendo a esta pequeña zona del mundo de Colón, en un Eldorado.

Diego Pons puede estar orgulloso de su obra a la que está consagrado, en términos tales, que no abandona un instante el local de la Exposición sin acordarse ni del descanso de su espíritu, ni del alimento de su cuerpo.

Y Diego Pons no ha cumplido aún treinta y tres años.

Dichosos los que en edad tan temprana pueden levantar erguida la cabeza, con la conciencia del deber cumplido, y decir, señalando su obra gigantesca:

He ahí cómo se enaltecen los hombres! ¡he ahí cómo se honra a la Patria!

MARTÍN DE ROSAS.

DOCTOR FRANCISCO DE VEYGA

Cirujano de división,
Jefe del servicio de sanidad de la guarnición de Buenos Aires. Profesor de la Facultad de Medicina.

DESCENDIENTE, por un lado, de uno de los más grandes guerreros de la Independencia Americana y de un cirujano mayor del ejército español por otro, no es extraño que reúna el doctor de Veyga ese conjunto de aptitudes militares y científicas que han hecho de él una personalidad distinguida.

Su carrera ha sido la más rápida que se haya conocido en el Cuerpo de Sanidad Militar argentino, y al mismo tiempo la más brillante. Entró al servicio de la Escuadra como practicante en 1887, pasó a ser cirujano de segunda clase en 1888 y ascendió a cirujano de primera al año siguiente, obteniendo sus promociones por la mayor antigüedad y sin estar aún doctorado, por no haberse puesto en vigencia todavía, la ley que rige hoy y que ha militarizado los cuerpos de sanidad hasta el punto de considerarlos como armas especiales.

Recibido su título de doctor en medicina, después de lucidos exámenes, fué enviado a Europa en una comisión científica que desempeñó a satisfacción de sus superiores. Estando en París, solicitó y obtuvo el ingreso en la Escuela Superior de Aplicación de Medicina Militar (Val-de-Grâce) donde hizo los cursos completos y mereció honrosas distinciones de sus condiscípulos y maestros. Esos estudios y otros que en viaje de instrucción había hecho por Europa, hicieron que a su regreso a Buenos Aires, pasara a prestar sus servicios en el Cuerpo de Sanidad del Ejército, dándosele allí de alta con el grado de cirujano de brigada y reconociéndosele la antigüedad corrida en su grado de marina.

Al poco tiempo, en Marzo de 1893, fué ascendido a cirujano de división, después de haber obtenido en el concurso abierto para la provisión de la vacante—el primero que tenía lugar con oposición—la unanimidad de votos del jurado.

Médico de sala del Hospital Militar, secretario de la Inspección General de Sanidad, jefe de servicio en las fuerzas del general Uriburu durante la revolución de Corrientes y del general Bernal durante la revolución de Santa Fe, es actualmente jefe del servicio de la segunda división del ejército, guarnición de Buenos Aires.

El año anterior ingresó en la Facultad de Ciencias Médicas como profesor de medicina legal, después de haber pasado por un concurso que ha sido el más notable y el más disputado de los que han tenido lugar allí y por cuyo éxito recibió valiosas demostraciones de aplauso de sus colegas y amigos.

Las publicaciones médicas del país registran con frecuencia producciones de interés científico del doctor de Veyga. Ultimamente, ha presentado a la superioridad un trabajo sobre el servicio de sanidad de campaña, que ha merecido una honrosa acogida en la Inspección General del ramo, en el Estado Mayor del Ejército y el Ministerio de la Guerra; las bases de fundación de la Escuela de Medicina Militar argentina que está a punto de crearse, han sido redactadas por él, del mismo modo que lo han sido la de las Escuelas de Enfermeros Militares y las de otras creaciones de la misma institución, que están a punto de llevarse a cabo.

El doctor de Veyga tiene apenas 28 años. Profesor de la Facultad, teniente coronel médico, de una familia en que se ha alternado la fortuna con las altas dignidades y con una envidiable posición social, el doctor de Veyga es un elegido de la suerte a quien veremos llegar a posiciones más altas que las que él mismo se ha soñado.



Exposición nacional de ganadería y agricultura

Las dos vistas de esta notable Exposición verificada en la vecina capital uruguaya, que reproduce nuestro grabado, dan perfecta idea de la presentación de aquel brillante concurso, realizado gracias a los esfuerzos, actividad e interés de la Asociación Rural del Uruguay, que ha dado cima a la magna empresa, con los plácemes y el parabién general que acreditan la oportunidad y brillantez de la Exposición.

El pabellón principal, construido de madera de cedro, al que se llega después de un frondoso jardín que da frente a todos los pabellones, tiene 70 metros de largo por 52 de fondo: en la puerta de entrada, se destaca en letras de oro el nombre de la Asociación Rural y da acceso a un vestibulo central de 17 metros de altura y 15 de ancho, dividido en dos secciones, correspondientes respectivamente a agricultura y ganadería.

En el fondo de este vestibulo, en cuya puerta figuran las banderas de todas las naciones americanas y europeas, rodeando al escudo nacional, y en cuyas paredes se ostentan los nombres de cada departamento de la República, en escudos en cuyo dorso figuran banderas nacionales, se levanta el pabellón de la República que sirvió en la Exposición de Madrid.

Y girando a uno y otro lado, aparecen los expositores, con variedad de ganados, artículos, frutos y productos, que gallarda y elegantemente presentados, reflejan la naciente prosperidad del país uruguayo, la fertilidad de sus campos, el progreso de su ganadería, el impulso progresivo de sus industrias y el porvenir risueño, en una palabra, que a la vecina república espera en la senda activísima del trabajo.

Chile—La galería de San Carlos

El costado Este de la plaza principal de Santiago de Chile lo ocupa el Porta-Mac Clure. Tras de él y perteneciente al mismo edificio han construido sus propietarios la galería mencionada, pasaje hermoso y artístico, de 14 metros de ancho por 30 de alto. Cúbrelo valiosa galería de cristal y llevan sus murallas, notables cariátides que sostienen las arañas tanto de gas como de luz eléctrica.

A ambos lados de la galería hay espaciosas y elegantes tiendas y casas de comercio. En su parte central y a la altura del segundo piso, existe una rotunda para dar conciertos. Paralelamente a la Galería San Carlos hay otro angosto pasaje de la misma extensión de aquél. Es una obra costosa y elegante.

Nuestro grabado, perfectamente ejecutado, reproduce con fidelidad todos los detalles de esta elegante y amplia construcción, cuya breve descripción anotamos arriba en breves renglones.

Huyendo de la partida

(Dibujo de C. Clerice)

Es bien conocido el pintor argentino, y bien adquirida su fama para que nos extendamos en con-

sideraciones inherentes a su renombre y a sus producciones. Hoy ofrece nuestro grabado una reproducción de un dibujo en que resalta sobre todo, la realidad con una espontaneidad sincera, haciendo simpática la excelente composición del artista.

En una curva del camino, a todo el galopar de su veloz caballo, huye un gaucho, cuyo ancho sombrero flota al aire, impulsado por la carrera que excita en el fogoso animal la espuela del ginete, mientras el rebenque azota los lomos del noble corcel. Allí, en una revuelta de la carretera, vense, entre nubes de polvo, los perseguidores: una partida, que a todo el correr de sus briosos animales, quiere alcanzar al huido *paisano*, que les lleva bastante delantera.

Ingeniería naval de guerra—Tipo de «Destruyores de torpedos» (Torpedo Boat Destroyers) —El «Hornet».

La potencia y la resistencia han entablado desesperada lucha hace largo tiempo, y alimentándose ambas con los adelantos sorprendentes de la moderna industria, presentan sucesivamente inventos y novedades que el ingenio brillantísimo de las notabilidades científicas, presenta ante la voraz necesidad de las exigencias de los modernos elementos de defensa naval.

El torpedo ha sido hasta ahora la última palabra de la ciencia de construcciones navales, a modo de poderoso é invencible ariete, contra el que los elementos de resistencia eran, y aún son, a pesar de las noticias incompletas de los combates marítimos de la guerra chino-japonesa, débiles adversarios ó impotentes enemigos. Pero un nuevo tipo de construcciones, el último adelanto en ingeniería naval, lo presenta el tipo de *Destruyores de torpedos* (Torpedo Boat Destroyers), que nuestro grabado representa, y cuyo primer modelo resultó tan satisfactorio que decidió al gobierno británico a comprar 42 buques de ese tipo y está negociando la compra de 20 más.

Por los órganos de la prensa diaria se ha circulado el antecedente de que el gobierno argentino, persiguiendo el constante deseo de obtener la mejor clase de elementos de guerra naval, piensa adquirir seis buques del tipo que reproducimos, y, a tal fin, obedecen las presentes breves notas explicativas.

Es un paso adelante, un progreso evidente en construcciones guerrero-marítimas, un avance de primer orden en ingeniería naval en general, el que se realiza con buques de este modelo; y lo comprueba la fuerza de 4.000 caballos en una embarcación que mide solamente 180 pies de largo y cuya capacidad total es de 220 toneladas y la velocidad de su marcha a razón de 28 nudos por hora, sin dificultad alguna; prodigioso resultado que se hubiese considerado como inconcebible hasta por los más eminentes constructores de marina de la última década.

El «Hornet», que así se llama el buque que nuestro grabado representa, fué entregado por la casa constructora (Mrs. Yarrow y C^{ia}) de Londres, al gobierno británico, a principios del pasado año, y en el mes de Julio, cuando fueron visitados éste y otro análogo, en Spithead, por miembros de las cámaras del parlamento inglés, llamó justamente la atención, causando efecto sorprendente, según la relación de un espectador que a continuación anotamos, traduciéndola libremente:

«Estábamos distraídos tomando el sol, mientras nuestra vista vagaba por el oleaje brillante en que los rayos de luz se quiebran al llegar a la orilla, y gozábamos de la fresca brisa del SO., cuando el ruido de un furioso movimiento nos espantó, fijando nuestra atención en los dos destructores Yarrow, nombrados «Hornet» y «Havock» que venían rajando las aguas a nuestro costado. La aparición inesperada, una y otra vez, fué dramática: en un momento llegaron, pasando la flotilla como si estuvieran fondeados, cruzando en frente de las torpederas que marchaban con velocidad de quince nudos, y dando la vuelta entera a éstas, se nos aproximaron otra vez.

«Después de varias evoluciones que demostraban la rapidísima marcha de estos destructores, intentaron dos torpedos cazarlos, avivando su velocidad; pero la prueba efectuada evidenció bien claramente la imposibilidad de alcanzar al «Hornet» y al «Havock».

Cuando en las evoluciones de otoño último tomaron parte estos dos tipos de nueva construcción, demostraron, además, sus excelentes condiciones marítimas, superiores a las de muchos otros buques mayores, decidiendo al gobierno británico a la adquisición de una flota de este modelo, que reúne, por su pequeño calado, la inapreciable condición de ser superior a todos los caza-torpederos conocidos, pues la seguridad de las torpederas hasta hoy, era invencible en aguas poco profundas, y este tipo la combate en su mismo campo de defensa.

La fotografía que reproduce nuestro grabado, está tomada desde un vaporcito que marchaba 10 nudos por hora, en dirección contraria al «Hornet», que avanzaba a razón de 27 nudos, revelando la exactitud y precisión del artista en su rápida reproducción fotográfica.

F. C. Central Argentino—Comunicación por Capilla del Monte

(Fotografía W. Boote y C.^{as})

Un accidente del terreno en que, quebrándose en sinuosa hondonada, pasan las aguas de un riachuelo de poco cauce; á ambos lados, la vegetación abundante cubre de arbustos las alturas, y á la izquierda se ve el puente de hierro que une la vía de colina á colina en una curva del casi exhausto río.

Tomado de una excelente fotografía, nuestro grabado reproduce fielmente el accidentado paisaje de la provincia de Córdoba, que tan bellos panoramas presenta al viajero en este trayecto.

Notas Teatrales

POLITEAMA

Al fin ha venido á interrumpirse la monotonía que ofrecían los espectáculos veraniegos, representados, en su mayor parte, por los teatros por secciones. Como vanguardia valiosa de la expresión teatral, en su más alto y artístico grado, que disfrutaremos en el invierno, ha venido Novelli, procedente de Chile, á renovar las gratas impresiones producidas en anteriores temporadas, en este mismo teatro, palenque de artistas cuya fama llena el mundo.

Juzgado ya Novelli por sus indisputables cualidades que le hacen considerar como un actor genial que consigue hacer desaparecer la idea de la ficción teatral para transportarnos á la realidad, no nos detendremos en exponerlas. Baste decir que, en las funciones dadas hasta ahora, se ha presentado bajo la faz dramática y cómica, sobresaliendo en esta última, por más que se vea en el insigne artista más tendencia á tocar las escenas apasionadas y llenas de fuego, como queriendo demostrar que, con sólo su voluntad, podría figurar al lado de los primeros en el arte de conmover á los auditores. Pero la naturaleza le ha dado relevantes cualidades para lo cómico con su fisonomía expresiva, tanto como sus palabras, y allí es donde su talento se mueve á sus anchas. Por eso le son más aplaudidas las producciones donde el el Dios Momo hace estallar la carcajada.

Como novedad en este género nos ha presentado otra regocijada comedia de los autores alemanes de la popular «Guerra en tiempo de paz», titulada «El rapto de las sabinas», que ya nos dió á conocer, traducida al español, la compañía de la Tubau y la de Roncoroni, vertida al italiano. Aunque no tan igual como «Guerra» en el desarrollo de su argumento y con más tendencias al vaudeville, «El rapto» hizo pasar un rato ameno, merced, sobre todo, á la interpretación acabada que hizo Novelli del papel de Trombone, primer cómico de una compañía de la legua.

Ha tenido también Novelli la feliz idea de hacernos saborear las bellezas de una de las producciones goldonianas más estimables: «La locandiera», donde, con sencillos medios y tema insignificante, logra, el príncipe del teatro clásico-cómico, Goldoni, interesar vivamente al espectador sin recurrir á los medios forzados y hasta groseros que sirven á los espíritus adocenados.

Novelli hizo un marqués tronado, orgulloso y petulante, lleno de gracia é intención. La protagonista tuvo un excelente intérprete en la señora Gianini, que desplegó seductores recursos de coquetería para hacer caer en sus redes al arisco fugitivo del bello sexo.

Han desfilado después «La bisbetica domata», de Shakespeare, «El papá Lebonard», «Mia moglie non ha chic», «Bebe» y otras, que constituyeron parte del repertorio anterior y de las que dimos cuenta en las notas teatrales correspondientes á aquella época.

Impresión menos grata, tocando en lo repelente, ha producido el discutido drama de Ibsen, «Los espectros», ya conocido por haberlo dado antes la compañía Novelli y anteriormente una compañía española en el Onrubia, con el título de «Hijo de don Juan», arreglo al español del insigne dramaturgo Echegaray. No vemos en esta obra las tendencias filosóficas del nebuloso autor noruego, puesto ahora en candelero por caprichos de la moda, y si sólo una exposición de escenas atentatorias á la moral y al sentido común.

ODEON

Ha continuado Onoffrof con sus experimentos de sugestión mental y fascinación, consiguiendo atraer más público del que hubiera podido pensarse, teniendo en cuenta que tales pruebas son más propias de salón que de espectáculo teatral, cuyo carácter no posee en ningún modo. Pero, también aquí, la moda reina como soberana y ha querido que en el lindo teatro de la calle Esmeralda se congregaran cada noche un público numeroso y selecto.

SAN MARTÍN

Después de la «Pantomima acuática», dejada á un lado cuando aun tenía zumo que exprimir, ha venido otro espectáculo de impresión más terrorífica. La exhibición de un león acompañado de

tres esposas que rugen su libertad perdida, encerrados entre los espesos barrotes de una jaula y condenados á servir de espectáculo ante los públicos ávidos de emociones y demostrar que nada puede su fuerza ante la inteligencia del hombre. Un domador, el Sr. Kesner, correctamente vestido de frac y guante blanco, entra en su prisión armado de un látigo y un tridente, logrando acallar su actitud agresiva á latigazos y tiros. Momentos después le acompaña Mis Laudan con vaporosa túnica y da varios pasos coreográficos y serpentescos, resguardada por el domador. Muchos aplausos obtiene esta exhibición y la concurrencia es numerosa.

El resto del programa se compone de los consabidos ejercicios equestres y acrobáticos, no habiendo habido más novedad en este punto que la presentación de cuatro nuevos artistas, que no han descollado en sus habilidades.

COMEDIA

Otra artista ha venido á reforzar la compañía de este teatro: Carmen Muñoz que, sin avisos anticipados, ha logrado vencer desde el primer momento, merced á su gracia y desenvoltura. Su voz no es voluminosa pero sí de buen timbre, algo velada en el registro agudo pero manejada correctamente. Ha lucido en «La segunda tiple», donde ha interpretado con donosura tres papeles distintos, cuyas canciones respectivas tuvo que repetir como prueba de la satisfacción con que el público aficionado al género las oyó. Ha sido una buena adquisición.

Se ha estrenado «Noble y sin título», juguete cómico de escaso fuste. Ha durado poco.

La Sra. Perales ha tenido su función de beneficio. Hubo un lleno completo y muchos regalos. Volvió á ser la Susana de la «Verbena» donde, como es sabido, consiguió su primer triunfo.

ZARZUELA

No ha habido gran alteración en los programas de este teatro. Sólo la de haberse vuelto á presentar en una de las secciones, el conocido prestidigitador Hermann, que ha vuelto á repetir su notable ejercicio «La caja moscovita», donde resulta inexplicable la desaparición y reemplazo de una de las mujeres que toman parte en el experimento.

«Las Amazonas del Tormes», zarzuela antigua en dos actos, ha sido reducida á uno y se ha oído con gusto por su agradable música algo más superior que la de tantos esperpentos del género por secciones. Se ha hecho mal en agregarle trozos de zarzuelas grandes que han desvirtuado en parte el mérito real de la obra.

«El seis doble» ha sido otro de los estrenos. Zarzuelita sin pretensiones, consiguió hacer pasar el rato, pero su vida no será muy larga. Servirá para llenar huecos.

RIVADAVIA

Se ha representado «La mujer de papá», traducción de una comedia francesa del mismo título. Tiene carácter de vaudeville, y, por lo tanto, situaciones inverosímiles y grotescas. Se ríe el público y esto basta.

En este teatro se ha estrenado la Srta. Santiago, más notable por sus cualidades físicas que por las artísticas.

«Té, chocolate y café» y «A Roma por todo», se han estrenado en este teatro, mereciendo más éxito la segunda por sus disposiciones coreográficas flamencas que demostró el apreciable barítono cómico Sr. Palmada en el terceto de esa obra.

Ha recibido un refuerzo valioso la compañía de este teatro con la incorporación de la Srta. García, la decana y la primera por su talento en el género ligero y flamenco, Diego Campos, Pedro Tapias y Pablo Díaz.

OLIMPO

Ha habido un estreno bastante afortunado: el de «El regicida ó el crimen del Pardo», de Escamilla. Tiene oportunas ocurrencias y *quid pro quos* que entretiene. Su autor fué llamado á la escena. El Sr. Gil ha tenido su función de beneficio con un programa escogido. Fué muy aplaudido y obsequiado.

Se ha estrenado «La Chumbera», donde ha malgastado su talento el compositor Sr. Tórrens, poniendo una música que no tiene relación con el libreto, descorrido en su argumento y sin carácter definitivo. Ha tenido poca vida.

EDEN

En el salón de fiestas del «Bon Marché» se ha inaugurado una compañía de actores franceses, ya muy conocidos por haber actuado en otros teatros durante temporadas anteriores y lejanas. Da vaudevilles y comedias, á las que concurre un público regular de la colectividad francesa. No tienen pretensiones, y, por lo tanto, no hay que juzgar sus méritos en «Divorçons», «Lily» y otras que se han puesto en escena.

Debemos mencionar, sin embargo, al viejo artista Etienne, de dicción clara y correcta escuela. La Sra. Roger, de hermosa presencia y con cierta voz, es un buen elemento para los vaudevilles donde se propina una dosis infinitesimal cantable.

CASINO

Ha vuelto á animarse este alegre teatro y esta vez con atractivos mayores y más variados. Han

venido nuevos artistas, entre ellos, un equilibrista egipcio, Mamadoo, que hace con mucha limpieza y seguridad, varios ejercicios contra todas las leyes de estabilidad, superando cuanto se había visto en el género. También el ventrílocuo Leo, que sostiene conversaciones animadas en francés con sus acompañantes—seis fantoches—muy parecidos en sus trajes, cara y ademanes á los que trajo O'Kill cuando se presentó en la Zarzuela.

PABELLON

En el teatrillo de este lugar de recreo continúan dándose espectáculos muy parecidos á los del Casino por su heterogeneidad. Chansonettes, bailes y cuadros disolventes. Están allí varios de los que actuaron en el Casino, debiendo citar por su especial mérito á Alejandrina Helm, cantante vienesa, de ritmo marcado y gran inteligencia en su dicción. Ya tuvimos ocasión de aplaudirla en el teatro de la calle Maipú, donde fué uno de los atractivos principales. La temperatura fresca de las noches, impide que la concurrencia sea muy numerosa.

P. GIL.

MARIETTA

ESCENAS DE CAFÉ CANTANTE

En el farol de la puerta y en grandes letras rojas se leía: «Au lion amoureux»—«Grand Café-Chantant».

Un grupo de individuos, parado en el umbral, impedía el paso por la acera; charlaban en alta voz, dirigiendo á las mujeres requiebros de dudoso gusto, aunque celebrados con grandes carcajadas.

De adentro sale á ráfagas un aire caliente y húmedo; aire de sótano ó de cuarto mucho tiempo cerrado. Al entreabrirse la puerta de visillo, para dar paso á alguno que entra ó sale, llegan hasta la calle discordantes notas de música y canto, acompañadas por un ruido sordo de colmena que bulle.

Es uno de los tantos cafés-conciertos como abundan en Buenos Aires, multiplicados prodigiosamente todos los días.

Entramos. Un tufo nauseabundo, el aliento de un centenar de personas allí encerradas, nos azotó el rostro al abrir la puerta. La sala estaba completamente llena; ni una mesa, ni una silla desocupada. Una enorme concurrencia, *sui generis*, concurrencia de los sábados, bullía allí dentro, tragando licores de todas clases, haciendo desaparecer, en un abrir y cerrar de ojos, bordalesas enteras de cerveza.

Era una noche de bastante calor y todo ese mundo, bajo las luces de los picos se derretía, viéndose flotar sobre sus cabezas una capa atmosférica, impregnada de emanaciones de sudor.

La más cordial simpatía reinaba entre los concurrentes. Dociientos individuos de diferentes razas se habían reunido allí, bebiendo juntos como si protestaran de las disensiones de sus respectivos países, allá á millares de leguas, en las antipodas. Francia sentada en la misma mesa que Italia bebe un chop á su salud, sin preocuparse de la guerra de tarifas y prestigiando ambas el libre cambio más absoluto. Alemania desde una mesa vecina los contempla con sus ojos cariñosos y soñadores, ojos preñados de cerveza y rojos de humo; en ese momento, no se acuerda de alianzas defensivas ú ofensivas.

¿Para qué? En el «Lion Amoureux» no hay fronteras. Allí son todos iguales; al atravesar su umbral han sido nivelados, y ya no hay diferencias de ninguna clase.

—¡Eh! ¡camarera!... ¡otro chop!

—Voy... un momento!

—*Nom de D.... quand porterez-vous mon grog?*

Esto grita un señor de ancha y plácida faz, caracterizando el tipo del honrado burgués, que aprovecha el sábado á la noche, para echar una cana al aire sin mayores consecuencias. Algunas gotas de más en el estómago, y algunos pesos de menos en los bolsillos.

—¿Y eso qué importa? Se ha divertido.

A la derecha, inmediato á la entrada, se halla el mostrador, detrás del cual, sentado en una alta silla, el dueño del café recibe las *latas* con que las camareras pagan las bebidas. Grueso y rubicundo, respirando satisfacción por todos sus poros, está en su puesto como el rey en su trono; desde allí, vigila con mirada de águila ó de buitre, que para el caso es lo mismo, todo su establecimiento, pronto á reprimir cualquier insubordinación antes de que intervenga la policía. Don Vicente, lo llaman sus parroquianos, aquellos que tienen bastante confianza, para permitirse esa familiaridad.

Pegados en las paredes, varios avisos anuncian en gruesos caracteres que «la consumación es obligatoria» sin cuyo requisito, aunque la entrada sea libre, se pierde el derecho de oír los conciertos nocturnos del «Lion Amoureux».

La orquesta preludia un vals callejero y chillón, al mismo tiempo que infernal batahola de aplausos, con acompañamiento de patadas, saluda la entra-

da en escena, de una de las estrellas de la compañía de canto y baile, anunciada en los carteles del café.

La actriz saluda, retribuyendo los aplausos con sonrisas y besos, lanzados con la punta de los dedos.

—Es Mariette—dice uno á milado, dirigiéndose á su compañero, un jovencito que por lo alelado, parece novicio en ese lugar.

—¿Mariette?...—

—Sí, yo la conozco.....

—¿La conoces?—pregunta, abriendo mucho los ojos, y mirando al afortunado mortal con cándida admiración.

Los couplets que Mariette cantaba acompañándolos con un lujurioso vaivén de las caderas, caían en la sala como desafío á la carne de ese centenar de espectadores, que ansiosos y jadeantes seguían sus movimientos.

Poco á poco, fué bajando el tono hasta terminar en medio del silencio general en un gracioso saludo al retirarse de la escena. Libre el público de la fascinación ejercida sobre él por Mariette, estalló en atronadores aplausos y gritos, pidiendo la repetición; era el largo suspiro del que acaba de escapar de una sofocación.

La que era objeto de tal ovación, sin querer repetir sus couplets, apenas se dignó saludar de nuevo, y enviar otros besos. Con poca cosa se contenta el público.

No sé por qué, tal vez fuera una ilusión mía, pero me pareció notar en sus labios una mueca de desprecio, hacia esa masa de carne sugestionada con algunas piruetas. Es cierto que la mayoría de los espectadores se hallaba en excelentes condiciones, y en un medio ambiente propicio para abrir una válvula de escape, á ese algo de bestia que todos tenemos.

Eran más de las 12, y la concurrencia abandonaba el salón; unos salían acompañando á algunas de las del café; otros, la mayoría, se perdían en la obscuridad de la calle; solos, buscando el apoyo de las paredes para conservar el equilibrio.

Iba á retirarme, cuando un amigo que hacia rato estaba conmigo, me propuso presentarme á Mariette.

Acepté, y parados ambos en la puerta del «Lion Amoureux», esperamos que saliera. Llegó y mi amigo me presentó, con un nombre supuesto; el primero que recordó.

Era una mujer de cierta educación, pero con un *dejo* que recordaba, á pesar de todo, su origen callejero, producto de amores de un minuto.

—¿Qué ovación le han hecho á Vd.!—dije yo por decir algo.

—Bah! todas las noches es lo mismo.

—Vd. maneja á todos esos, como reina y señora. ¿Por qué no repitió esos couplets tan encantadores?

—¿Sabe Vd. que al retirarme del escenario, me esperaba en el camino mi... marido, que me había prometido una paliza?

—¿.....?

—Si señor, por no sé qué cosas que anoche hice. Mire Vd.—y recogiendo la manga del brazo derecho, nos mostró una gran mancha morada, resultado de algún enorme apretón.

—Allí me espera en la esquina, continuó.—Adiós, señor, no sea que se enoje otra vez,—y rápida, se deslizó por la acera, en busca del que tales caricias le hacía.

No la vi más. ¿Qué se habrá hecho de Mariette? Quizás ocupe la cama de algún hospital; quizás continúe aún su reinado.

Misterios de la calle.

S. A. CHIGLIANI.

Notas Editoriales

COMPAGNIE GÉNÉRALE DES CYCLES—Hemos recibido del señor Worms, representante único de aquella sociedad anónima, un catálogo explicativo de cuanto expuso el 30 de Marzo, al inaugurar el negocio que ha abierto en la calle de Florida número 548.

Caballero inteligente y amabilísimo, supo explicarnos detalladamente la importancia y bondad de las bicicletas de esa marca especial, por sus condiciones de resistencia, su poco peso, etc., etc., justificando á ojos vistas la importancia de esa especial fabricación.

MEMORIA Y BALANCE GENERAL DE LA «BUENOS AIRES».—La memoria y balance general que de esta Compañía Nacional de Seguros nos visita hoy, corresponde al 8º ejercicio y año de 1894, presentado á la Asamblea General, celebrada el 7 de Marzo del presente año, determinando en detallada exposición la ordenada y próspera marcha de esta sociedad aseguradora.

El Director Gerente don Tomás Bohigas, y el Presidente del Directorio don Emilio R. Casares, deben estar satisfechos del próspero porvenir de la Compañía aseguradora, en que su tacto, inteligencia y activa laboriosidad cosechan los frutos legítimos que les corresponden.

MEMORIA Y BALANCE GENERAL DE «LA ITALIA».—Esta notable Compañía de Seguros Marítimos, fluviales, terrestres, etc., etc., nos ha remitido la memoria y balance general correspondiente al ejercicio del año 1894, que acusa el estado próspero de la brillante asociación comercial según la detallada exposición del Directorio.

MODERNE INVERN DEKORATION—La acreditada y renombrada librería de Jacobsen, (Florida y Lavalle) nos envía el «Moderno Decorado Interior» nueva revista mensual, artística, que se publica



LEOPOLDO FRÉGOLI, notable artista.
CONTRATADO POR LA EMPRESA «GARRIDO» DEL TEATRO RIVADAVIA

en Darmstadt para las Repúblicas del Plata, y de la que es agente, según circular que acompaña. Dicha revista que, por sus exquisitos y artísticos grabados, merece atención preferente para los que reunan gusto estético para el confort inglés, evidencia la importancia del arte moderno aplicado al hogar doméstico, en las dos entregas mensuales correspondientes al presente año, que hemos recibido.

Acusamos recibo y agradecemos el envío que se nos hace.

FRÉGOLI

La cara enjuta, angulosa, el mirar vivísimo, la fisonomía movida y graciosa del artista italiano, sus maneras y sus poderosas aptitudes imitativas, traen á la perezosa del recuerdo, la figura de nuestro inolvidable Ricardo Zamacois.

Porque á Frégoli se le admira más como artista que sabe sentir á través de distintos temperamentos, viviendo la vida de todos los tipos, que encarna con admirable maestría, vaciando en ellos todo su talento, se le admira más decimos, que como poseedor del raro privilegio de disfrazarse y cambiar de trajes con una rapidez increíble.

Con ser ésta una habilidad muy digna de apun-

tarse, nos place mucho más considerarle como un consumado actor que interpreta todos los sentimientos, conduciendo al espectador á donde su ánimo le viene en gana, teniéndole esclavo de sus gracias y de su *flexibilidad* artística, que le permite recorrer, como Tenorio, *toda la escala social*.

Frégoli, como italiano es altamente supersticioso; no tanto como la Calvé, pero lo bastante para creer que su buena suerte la debe á una herradura que lleva siempre sujeta al cinturón, de la cual no se desprende nunca. Es para él un amuleto tan poderoso, que habiéndosele extraviado en cierta ocasión, estuvo muy preocupado dos ó tres días porque la suerte no le proporcionaba ninguna.

¡Parece mentira! Porque hay que advertir que la herradura ha de encontrarse casualmente; en el momento que uno se dedique á su busca y captura, pierde su *virtud*.

Cuando Frégoli cayó soldado, la suerte le envió destinado á las posesiones que Italia tiene en Africa. Allí, en aquel campamento y para distraer los ocios de aquella población militar, se construyó un teatro donde los oficiales, dando de mano á las tareas de la vida militar, representaban las obras más en moda.

Frégoli, con su decidida afición al teatro, era el héroe de aquellas veladas que disipaban en parte la nostalgia de la patria y descansaban al soldado de las faenas del cuartel.

Un día, los principales actores de aquella compañía se indispusieron, y la función anunciada se suspendió; pero no contaban aquellos oficiales con la huésped, como se dice vulgarmente, y la huésped fué Frégoli, que se presentó al general y se comprometió á representar una obra que él había escrito titulada *El Camaleonte* (la misma en la que el público de Madrid le aplaude todas las noches), y en la que hacía cinco personajes.

El general lo tomó á broma, pero bien prontose convenció ante el éxito de aquel soldado, que interpretó á maravilla; aunque no con la perfección de hoy afianzada por la práctica, los distintos personajes del marido burlado, la esposa infiel, el amante atrevido y el criado que de nada se entera, personajes de la comedia *El Camaleonte*.

Aquel éxito valióle á Frégoli señaladísimas distinciones y la presidencia de una comisión (¡hasta en Africa hay comisiones!) de espectáculos.

Frégoli volvió á su país, después de haber puesto en juego sus aptitudes envidiables, con una fortunita de 25.000 francos, mochila más sólida que la que como soldado llevó al Africa; y en Roma, entre *infames aventuras*, dejó su *hacienda toda*, lo que le obligó á emprender por el año 92 una campaña con próspera fortuna, acariciado por los aplausos de todos los públicos y minado por todas las empresas. Entre los infinitos episodios ocurridos en su vida de artista, cuenta uno muy curioso y que motivó en parte su decidida afición al teatro.

Antes de salir como *quinto* para Africa, y estando en Bolonia, pidió permiso al teniente de su compañía para ir á un baile de máscaras, permiso que no le fué concedido, pero que no fué obstáculo para que Frégoli, vistiéndose de mujer y saltando por la ventana de un dormitorio, tomase un coche y se presentase en el baile cuando estaba en todo su esplendor.

El teniente estaba en el salón, *complicado* con unas máscaras que le envolvían entre risas y bromas. Frégoli se acercó, consiguió llevarle con él, que le hiciese el amor por todo lo alto, y que pagase la cena, el champagne, etc.

Cuando salieron del baile y tomaron un coche, Frégoli dió al cochero la dirección del cuartel, cosa que no pudo menos de asombrar al teniente, que esperaba el resultado de aquella aventura.

El coche se detuvo; habían llegado. Mientras el teniente pagaba al cochero, Frégoli trepó por el mismo sitio por donde saliera, y cuando el oficial, lleno de coraje por la desaparición de su conquista, subió al dormitorio de la compañía, Frégoli se adelantó, y saludando militarmente dijo:

—Mi teniente, sin novedad.

—¿Ha faltado alguien esta noche?

—Nadie, mi teniente.

Quien haya visto al artista italiano, no podrá extrañarse de una transformación tan rápida como aquella.

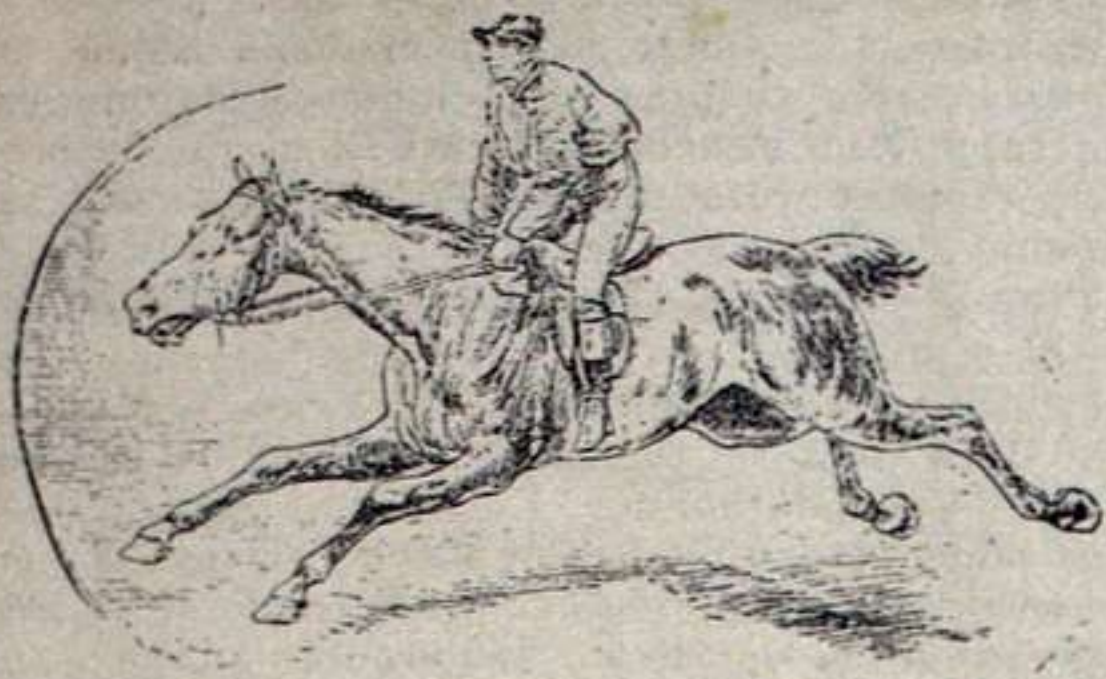
Frégoli es además un carácter muy excéntrico. Tan excéntrico, que por ordenanza tiene al célebre Cuasimodo de *Nuestra Señora de París*.

LUIS GABALDÓN.

HESPERIDINA
ESTAB. 1864
3 Cosas buenas
26 PREMIOS
GALLETITAS
Y DULCE BAGLEY

LA GRAN TINTORERIA
A. CHAVANCE & HIJOS
CASA CENTRAL: 870, CALLE CUYO, 870 — BUENOS AIRES
Sucursales: 1239, Belgrano, 1241 — 7267, Rivadavia, 7269 (Flores)
TINTURA Y LIMPIEZA DE TODA CLASE DE ARTICULOS

EL
CHOCOLATE
GODET
ES EL MEJOR



SPORT

HIPÓDROMO NACIONAL DE BELGRANO

REUNIÓN DEL 30 DE MARZO DE 1895

Con regular animación para ser día de trabajo y vispera de otra reunión hipica, se celebró la de ayer en el Hipódromo de Belgrano, que la lluvia y el mal tiempo habían aplazado dos veces en esta semana.

El premio Primer Paso constituía, como carrera clásica, la atracción principal del programa, por estar anotados en él, a más de algunos potrillos ya conocidos en anteriores pruebas, otros de los que se hablaba mucho y bien, y de algunos de los que se daba como infalible el triunfo.

Tuvo esta carrera como resultado la confirma-

ción del juicio merecido por Ontario en su anterior victoria. Ayer demostró este potrillo enorme superioridad sobre sus rivales, batiéndolos en una forma espléndida y que los partidarios de otras ecuries no aguardaban seguramente.

Sport de Ontario pesos 5.14 a ganador y 3.42 a placé; de Saint Anthony 4.55.

Hé aquí el resultado de las demás pruebas:

Premio Alimé, 1.600 metros—1° Policeman, 2° Coral, 3° Simoun.

Sport de Policeman pesos 40.48 a ganador y 5.90 a placé; de Coral 3.35; de Simoun 2.68.

Premio Alcalde, 1.900 metros—1° Neblina 47 kilos, 2° Stamboul 55, 3° Cónsul 45.

Sport de Neblina, pesos 10.22 a ganador y 5.46 a placé; Stamboul 5.18.

Premio Alina, 1.100 metros—1° Osmond 58 kilos, 2° Sweet 47, 3° Mayonnaise 52.

Sport de Osmond 6.51 \$ a ganador y 4.77 a placé; de Sweet 7.70.

Premio Alfalfa, 1.000 metros—1° Tandil, 2° Helecho, 3° Palmar.

Sport de Tandil 7.12 \$ a ganador y 4.79 a placé; de Helecho 5.31.

Premio Alejandria, 1.900 metros—1° Alejandria, 2° Rosemary, 3° Clovis. No placé.

Sport de Alejandria, 4.70 a ganador y 2.79 a placé; de Rosemary 3.72.

Premio Artillero, 1.600 metros—1° Independencia, 2° Norah II, 3° Ligheart.

Sport de Independencia \$ 16.88 a ganador y 5.58 a placé; de Norah II 3.95.

REUNIÓN DEL 31 DE MARZO

Afortunadamente para los intereses del Hipódromo Nacional, la lluvia que convirtió la pista



LA EQUITATIVA

de los Estados Unidos
SOCIEDAD DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA

Enero 1° de 1894. Dollars.

ACTIVO ... \$ 169,056,396 00

SOBRANTE ... 32,366,750 00

El éxito incomparable de LA EQUITATIVA se debe al hecho de que es una

SOCIEDAD MUTUA

y que está administrada en beneficio exclusivo de sus asegurados.

SUCURSAL:

Florida 377, Buenos Aires

DIRECTORIO LOCAL:

Miguel Tedin, Presidente.
Adolfo Mantels { Directores.
R. I. Runciman {
Dr. Pablo Beeck, Director Médico
H. St. John Munro, Secretario.

DISPONIBLE

PABLO FEUILLAN & Ca.

Agentes Generales de las marcas CLEMENT, GLADIATOR & ROVER



La primera y más importante casa de velocipedos—Surtido completo de accesorios y piezas de repuesto.—Venta, alquiler y compostura.—Lecciones.

Dr. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc.—Avenida de Mayo, 791, esquina Piedras.

DOCTORES COUSTAU Y GORDILLO—Abogados—Reconquista 212 (Piezas números 19 y 20).

Dr. FEDERICO PINEDO, abogado, Estudio: Avenida Mayo, 89, 2° piso.

DOCTOR EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos—Cuyo, 748.—De 1 a 4.

DOCTORES MIGUEL ORO Y JOSÉ TARNASSI.—Abogados.—San Martín, 284.

High Class Education. Benedictine Convent. Tenby, Wales. Under the special patronage of his Lordship the Bishop of Newport and Merioneth. Exceptional seaside advantages. Mild climate. Inclusive terms. Address: the Rev. Mother, St. Mildred's Benedictine Convent, Tenby, South Wales, England.

AMYKOS

Agua antiséptica para el Tocado

Recomendada por los más eminentes médicos europeos; entre ellos el doctor McSETIC MOORHOF, primer cirujano y profesor de la Universidad de Viena, dice:

«El AMYKOS merece una recomendación especial como Agua de Tocado, como medicina doméstica para las heridas, como Agua dentífrica y contra las enfermedades de la garganta y de la piel.

El AMYKOS es uno de los mejores preservativos, poseyendo cualidades antisépticas muy efectivas.»

Se encuentra en las Farmacias, Perfumerías, etc.

Únicos Agentes: BRUNN & Cia
Depósito: LIMA 1686

DISPONIBLE



en un lago, empezó cuando todos los aficionados se encontraban ya en Belgrano y se habían corrido las primeras carreras.

No fué, pues, lo desagradable de la tarde motivo para aminorar la concurrencia que llenaba por completo las tribunas y una buena parte del stand.

El premio Laval, carrera clásica del día, encerraba el mayor interés entre las diversas pruebas a correrse. No inscripto en el Ontario, el crack hasta ahora de la generación que está haciendo sus debuts, podía esperarse que la lucha en el último momento revistiera caracteres emocionantes.

Nada menos que veinte potrillos tomaron parte en esta carrera, sobre cuyo desarrollo nos es difícil dar detalles, pues así la largada, bastante deficiente por cierto, como la escasa luz que había a consecuencia del nublado, fueron impedimentos para apreciar su desarrollo en los primeros momentos.

Humo, del stud Zubiarré, que contaba con la mayoría de la opinión, no quiso dar un disgusto a los catedráticos, y aunque Palmar y Eléctrica se venían en ganancias hasta el frente de las tribunas, aprovechó los últimos cien metros para quebrarlos, merced a una buena y oportuna atropellada, General Lee entró cuarto.

Acompañaron en la carrera a Humo, además de los ya dichos, Oriol, Moya, Tom Pouce, Rayon d'Or, Duque, Defensa, Deliane, Chara (que quedó parada), Ruth, Lady Lena, Caguazú, Hipólito, Tremblé, Colón, Violín y Cora.

(Sigue a la pág. 188)

FABRICA DE PERFUMERIA

DE LOS

DOS MUNDOS

F. GRANJON & Co

Llamamos la atención de los señores comerciantes de la Campaña y peluqueros en general, sobre la conveniencia de nuestros artículos de perfumería, capaces de competir con los del extranjero, en cuanto a precio y calidad.

CALLE MONTEVIDEO 1578

BUENOS AIRES

Nicolás Mihanovich

EMPRESARIO DE VAPORES

y Lanchas de carga para todos los Puertos de la República y Ríos

REMOLCADORES DE GRAN PODER PARA TODA CLASE DE CABOTAJE Y ULTRAMAR

SERVICIO ESPECIAL

en el Puerto de la Capital y Puerto de La Plata

Flota de 45 vapores y 60 buques de vela

INTRODUCTOR

DE CARBON CARDIFF MINA CORY'S MERTHYRS

Escritorio Principal—25 DE MAYO 144
BUENOS AIRES

VINO BANYULS

DE LA VIRGEN

GRAN

TONICO RECONSTITUYENTE
De A. DELOR y Cia.
BURDEOS

SALUD
FUERZA
APETITO
TONICIDAD

Cordial exquisito para personas débiles, recomendado en Francia por los mejores facultativos.

ÚNICOS AGENTES:

FELIX SOULIÉ y Cia
MAIPÚ 918 Bs. As.



Sport de Humo 7.03 á ganador y 3.47 á placé; de Palmar 7.54; de Eléctrica 7.25.

Las demás carreras tuvieron este resultado.

Premio Balmaceda, 1200 metros—1° Rastreador, 2° Norah, 3° Fauvette.

Sport de Rastreador 13.56 á ganador y 4.89 á placé; de Norah 3.13; de Fauvette 11.29.

Premio Bay-Rum, 1600 metros—1° Monk, 2° Oncativo, 3° Ravachol.

Sport 16.53 \$ á ganador y 6.97 á placé; de Oncativo 9.37.

Premio Bumblybuss, 1100 metros—1° Norah, 2° Mayonnaise, 3° Cordelia.

Sport á ganador 17.71 y 5.95 á placé; de Mayonnaise 7.70; de Cordelia 4.76.

Premio Buenos Aires, 2000 metros—1° Lego, 2° Huri, 3° Independencia.

Sport 5.25 \$.

Premio Becasse, 1000 metros—1° Carabela; 2° Saint-Anthony; 3° Necio.

Sport: \$12 á ganador y 3.38 á placé; del Stud Buenos Aires 2.86.

Premio Bordeaux, 1600 metros—1° Loadstone; 2° Eclipse, 45 kilos; 3° Cordelia, 58.

HIPÓDROMO ARGENTINO—PALERMO

REUNIÓN DEL 7 DE ABRIL

Este programa dió de si más de lo que se esperaba, proporcionando algunas carreras interesantes en todos los momentos.

El premio clásico del programa tuvo uno de los más espléndidos finales, siendo disputado el triunfo tenazmente entre Edison, Osmond y Bay Rum, que llegaron en el orden indicado.

Tomaron parte en esta prueba, además de los nombrados, Friedland, Oncativo, Salteador, Eclipse, Clairon y Saint Anthony.

Este último no respondió ni con mucho á las esperanzas y expectativa de los turfistas. Después de haber despuntado con unos brios inconcebibles, fué arrollado ignominiosamente por el empuje de los demás, quedando desde luego fuera de carrera.

Y era segundo favorito en los remates! Eclipse, que encabezaba el lote en el recodo, después de haber batido sin gran esfuerzo á Saint Anthony, cedió el puesto á su vez al embate de Edison, quien á duras penas pudo resistir la entrada de Osmond y de Bay Rum.

Pero se sostuvo valientemente y decidió la carrera en su favor por una cabeza.

El tercero á una cabeza del segundo.

Va en seguida el resumen:

Premio «Petite Ecurie», 1500 metros—1° Carberry, 2° Policeman, 3° Mundial.

Sport ps. 4.23, á placé 3.56; Policeman 6.85.

Premio «Las Ortigas», 1000 metros—1° Conquistadora, 2° Tom Pouce, 3° Elaine.

Sport ps. 6.23, á placé 3.72; Tom Pouce 8.11.

Premio «Ensayo», 1200 metros—1° Edison, 2° Osmond, 3° Bay Rum.

Sport ps. 7.89, á placé 4.33; Osmond 5.36.

Premio «Ecurie Indecis», 1000 metros—1° Osman, 2° Norah, 3° Pichincha.

Sport ps. 9.08, á placé 5.27; Norah 7.83.

Premio «Ecurie Prisionero», 2000 metros—1° Sebastopol, 2° Stamboul, 3° Farandol.

Sport ps. 7.43, á placé 3.80; Stamboul 3.12.

Premio «Ecurie Titán», 1600 metros—1° Pichincha, 2° Monk, 3° Day Star.

Sport ps. 34.41, á placé 11.76; Monk 5.23, Day Star 13.63.

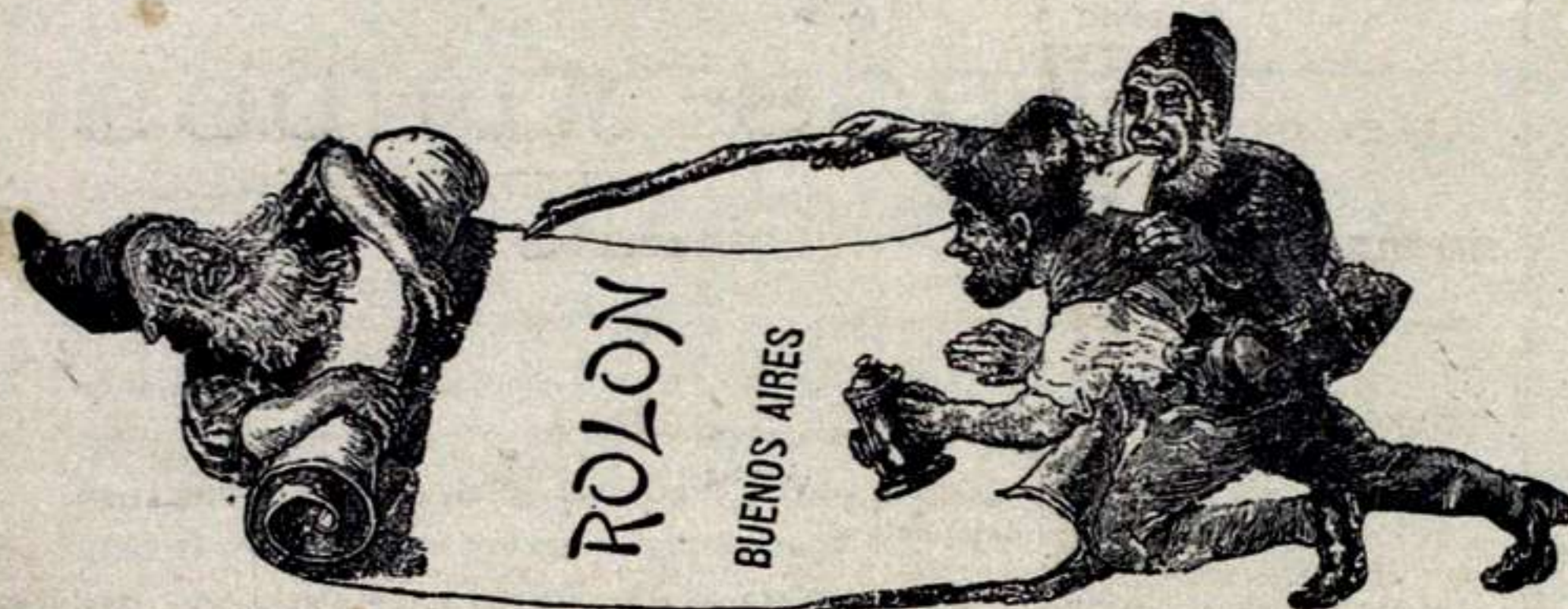
Premio «Ecurie Gladiateur», 1500 metros—1° Olimpiana, 2° Cónsul, 3° Osman.

Sport á ganador ps. 14.34; á placé 4.91.

FOR EVER.

DROGUERIA Y FARMACIA ROLON

(ANTIGUA DE TORRES)



DEFENSA, 201 al 215

ESQUINA ALSINA
(Frente á San Francisco)
BUENOS AIRES

DE
A. ROLON & Ca.

SUCESORES DE
Gibson, Rolón y Ca.



ANTES DE COMER
Tómese el delicioso
APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO
CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos á la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha de EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas, el cajón, &c., y á mas el nombre A. DELOR y Cia.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y Ca
MAIPU 918. — BUENOS AIRES.

PARIS-BAZAR

MAISON MAUDUIT

MONDET y Cia.

SUCESORES

ROBES ET MANTEAUX

ESPECIALIDADES PARA OBSEQUIOS

NOVEDADES DE ÚLTIMA MODA

87, Calle FLORIDA, 87 - Buenos Aires

COÑAC HENNESSY

Unicos introductores: PETERS HERMANOS

Lotería Nacional de Beneficencia

El día 24 de Mayo se sorteará una lotería con el siguiente:

PROGRAMA

22 MILLARES CON 3.200 PREMIOS

22.000 billetes á pesos 50, son \$ 1.000.000
A deducir veinte y cinco por ciento » 275.000
Setenta y cinco por ciento en premios. » 825.000

PREMIOS

1 de	\$ 150.000	1838 » 100	\$ 183.000
1 »	» 100.000	21 Termin. de 3 cifras de \$ 300. »	6.300
1 »	» 50.000	198 » 2 »	» 100.
2 » 40.000	» 80.000	999 Suertes para el millar del premio mayor, de » 100.....	» 99.900
2 » 20.000	» 40.000		
2 » 10.000	» 20.000		
2 » 5.000	» 10.000		
8 » 2.000	» 16.000		
19 » 1.000	» 19.000		
30 » 500	» 15.000		
76 » 200	» 15.000		

Con e mismo programa y en igual fecha se juega otra emisión cuyo premio mayor es de \$ 20.000.

DIEGO SAAVEDRA,
Administrador.

CERVEZA NEGRA "RIO SEGUNDO"

En venta en los principales almacenes, confiterías y restaurants

Depósito: San Martín, 732 - Buenos Aires

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES — AVENIDA DE MAYO — CALLE PERÚ — CALLE VICTORIA

Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y á PRECIO FIJO lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

OTOÑO 1895

EXPOSICION GENERAL

OTOÑO 1895

EL LUNES 1° DE ABRIL Y DIAS SIGUIENTES

Sederías, Terciopelos, Felpas. — Novedades y numerosísimas ocasiones en los departamentos de nuestro Establecimiento

INAUGURACION y APERTURA de NUEVOS SALONES y GALERIAS

Los ensanches nuevos, las nuevas é importantes instalaciones sue acabamos de hacer, nos permiten dar más espacio á todos los Departamentos de nuestro Establecimiento, aumentar los surtidos y crear especialidades nuevas.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida de Mayo - Calle Perú - Calle Victoria — A LA CIUDAD DE LONDRES — Avenida de Mayo - Calle Perú - Calle Victoria

LA ECONOMÍA COMERCIAL

COMPañía NACIONAL DE SEGUROS
CONTRA INCENDIOS Y FLUVIALES-MARITIMOS

DIRECCIÓN GENERAL

91 - CALLE SAN MARTIN - 91 - BUENOS AIRES

CAPITAL SOCIAL: Ps. 2.000.000 MONEDA NACIONAL

DIRECTORIO

Presidente.....	Señor don	CONRADO A. LAGOS
Vicepresidente.....	"	FERNANDO MARTÍ
Tesorero.....	"	RICARDO MARTÍNEZ
Vocales.....	"	LEOPOLDO REY
"	"	SANTIAGO CAPDEPONT
"	"	MANUEL HORTAL TORROBA
"	"	RICARDO ARREDONDO
"	"	CÉSAR DE ARRECHAVALA
"	"	AGAPITO LAPUENTE
"	"	SATURNINO SOAGE
Síndico.....	"	TOMÁS SANTA COLOMA
Suplente.....	"	ERASTO R. OREY

Director General: Don LUIS GOENAGA

Horas de oficina: de 10 a. m. a 5 p. m.

EL ANCLA



SEGUROS GENERALES
CIUDAD RECONOCIDA POR LOS GOBIERNOS
ARGENTINO, ITALIANO Y URUGUAYO

Capital totalmente cubierto y reservas.....	\$ 2100698.77
Riesgos en curso.....	18000000.-
Siniestros indemnizados.....	631701.24

DIRECCIONES

BUENOS AIRES: calle Piedad 556
MONTEVIDEO: calle Piedras 204
GENOVA: Via Palestra
ROSARIO DE Stn. FE: S. Martín 279

SEGUROS - INCENDIOS - MARITIMOS
CONTRA ROTURA DE VIDRIOS, CRISTALES
Y ESPEJOS Y SOBRE
ACCIDENTES E INFORTUNIOS
DEL TRABAJO

NOTA: Pídanse a la Dirección y Agentes la lista de los siniestros indemnizados.

BANQUEROS: Banco de la Nación Argentina y de Italia y Río de la Plata.

DISPONIBLE

GUILHEM, LACABE & CIA.

AU LOUVRE

ESQUINA PIEDAD Y MAIPÚ

ESTACION DE VERANO

Gran surtido en Camisetas, Medias, Calzones, Camisas, Pañuelos, etc., y en toda clase de artículos de punto, trajes para hombre y trajecitos hechos y sobre medida.

Espléndido surtido en ropa blanca para mesa y para cama. Camisas, Enaguas y Calzones para señoras. Especialidad en AJUALES de casamientos, de recién nacidos y de Colegios.

La casa cuenta con cortadores especiales para la confección sobre medida de los Trajes, Camisas, Camisetas y Calzones.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

LA NACIONAL

FÁBRICA Á VAPOR DE ACEITE, PINTURA Y BARNICES

E. COLONELLI



MARCA REGISTRADA

PINTORES

PIDAN EL INCOMPARABLE

ACEITE DE LINAZA

MARCA DOS ANCLAS

El más puro, secante y de más larga duración



VENTAS EN LAS CASAS MAYORISTAS ÚNICAMENTE

Calle Estados Unidos 2332

BUENOS AIRES

The Pacific Steam Navigation Company

LÍNEA QUINCENAL DE VAPORES

ENTRE LIVERPOOL, RÍO DE LA PLATA Y VALPARAÍSO

SALIDAS DE MONTEVIDEO - (sujeto á modificación)
PARA EUROPA PARA EL PACÍFICO

ORELLANA..... 13 de ABRIL
Capitan G. E. P. COOK
Para Lisboa, Vigo, La Pallice (La Rochelle),
Plymouth y Liverpool.

ORCANA..... 19 de ABRIL
Capitan KITE
Para Punta Arenas, Coronel, Talcahuano
y Valparaíso.

OROPESA..... 27 de ABRIL
Capitan MASSEY
Para Rio Janeiro, Bahia, Pernambuco, Lisboa,
La Pallice (La Rochelle), Plymouth y Liverpool.

ORISSA..... 5 de MAYO
Capitan A. HAMILTON
Para Punta Arenas, Coronel, Talcahuano
y Valparaíso.

Los vapores ORELLANA y ORCANA no llevan pasajeros de 2ª clase.
Los vapores que salen de este puerto para Europa el 13 de Abril y 11 de Mayo no tocan en el Brasil.
Estos vapores están iluminados con luz eléctrica y tienen todas las comodidades más modernas para el confort de los pasajeros.
Cada vapor alternativo vendrá directamente á Montevideo de EUROPA sin hacer escalas en los puertos del Brasil, á fin de evitar cuarentena.

A bordo de todos los vapores se sirve vino de mesa gratis á los pasajeros en todas las clases.
Por más informes ocúrrase á los agentes.

Wilson, Sons & Co. Limited

AGENTE EN

MONTEVIDEO: 25 de Mayo, 214 | BUENOS AIRES: Reconquista, 365
RIO DE JANEIRO, SANTOS, BAHIA, PERNAMBUCO Y SAN VICENTE

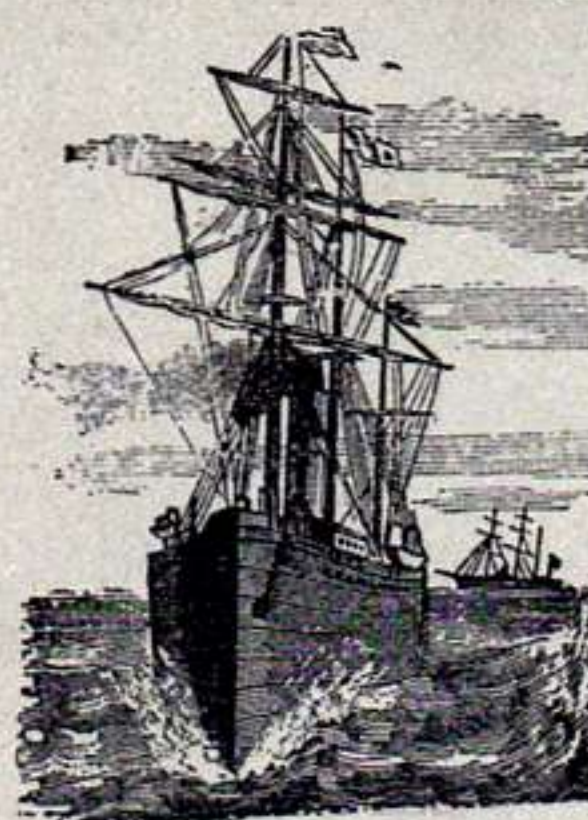
COMPañía TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

VAPORES CORREOS SUBVENCIONADOS POR EL GOBIERNO ESPAÑOL

LÍNEA ESPECIAL entre el RÍO DE LA PLATA y EUROPA

EN COMBINACION

Con las líneas de Antillas, New-York, Veracruz, Filipinas y Africa



UNO DE LOS MAGNÍFICOS VAPORES DE ESTA COMPañía

SALDRA DE BUENOS AIRES EL 2 DE JUNIO

para Santa Cruz de Tenerife, Cádiz, Barcelona, y Marsella
así como para
Vigo, Coruña, Santander, Bilbao y demás puertos importantes de España

Los vapores de esta Compañía
se recomiendan por su velocidad, esmerado
trato y comodidades para los pasajeros

POR INFORMES OCÚRRASE Á SUS AGENTES

ANTONIO LOPEZ y Ca.—Alsina 750

Nota - Se dan órdenes de pasajes de venida de todos los puertos de España.

CONFITERIA LABOURDETTE

POR MAYOR Y MENOR

SERVICIO ESPECIAL PARA TERTULIAS Y FIESTAS

LABOURDETTE & CIA

VINOS Y LICORES DE GRANDES MARCAS

Buenos Aires, 602 AVENIDA DE MAYO Esq. PERÚ, Buenos Aires

BANCO BRITÁNICO DE LA AMÉRICA DEL SUR

ESTABLECIDO EN 1863

RECONQUISTA ESQUINA PIEDAD



CAPITAL SUSCRITO £ 1.000,000
CAPITAL REALIZADO. £ 500,000
Fondo de reserva £ 320,000
£ 820,000
LONDRES, BUENOS AIRES, ROSARIO, MONTEVIDEO
RIO DE JANEIRO, SANTOS, SAN PAULO Y PARA

GIRA SOBRE Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, España y todos los puntos principales de Europa, Estados Unidos y del Brasil.

ABONA (hasta nuevo aviso)

	Mon. n.l.	Oro
Depósitos en cuenta corriente.....	1 %	Sin interés
Depósitos a retirar con siete días de aviso hasta \$ 20.000.	3	2 %
Depósitos a retirar con treinta días de aviso hasta \$ 20.000.	4	3 %
Depósitos a retirar con noventa días de aviso.....	5 1/2	4 1/2 %
Depósitos a plazo fijo de tres meses.....	5	4 %
Depósitos a mayor plazo.....	Convenional	

CAJA DE AHORROS

Depósitos después de 60 días y que no sean inferiores a \$ 20.....

COBRA

Por anticipaciones en cuenta corriente..... 9 % 9 %
Buenos Aires, Marzo 1° de 1895.

F. M. HERIOT,
GERENTE.

BANCO FRANCÉS DEL RÍO DE LA PLATA

CAPITAL: 2.000,000 PESOS MONEDA NACIONAL AL ORO

SE ABONA

	Papel	Oro
Por depósitos en cuenta corriente a la vista	1 %	1 %
Depósitos a plazo fijo de 30 días.....	3	2 %
Depósitos a plazo fijo de 60 días.....	4	3 %
Depósitos a plazo fijo de 90 días.....	5	4 %
Depósitos a plazo fijo a 180 días.....	convencional	
Depósitos a premio «Caja Ahorros» desde 20 pesos a 500 después de 60 días	5 %	—

SE COBRA

En cuenta corriente..... 9 % 10 %

G. LERICHE,
Gerente.

RECONQUISTA 157 — Buenos Aires

Banco Español del Río de la Plata

180 — RECONQUISTA — 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000,000 m/n

	M. l.	Oro
SE ABONA	%	%
Depósitos en cuenta corriente.....	1	sin int.
• a 30 días.....	3	3
• a 60 días.....	4	4
• a 90 días.....	5	5
• a mayor plazo.....	conv'al	conv'al

SE COBRA

Por anticipaciones en cuenta corriente..... 10 10
Descuentos de letras y pagares..... conv'al conv'al

Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias

HORAS DE DESPACHO

De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires, 1° de Abril, de 1894.

AUGUSTO J. COELHO,
Gerente.

GRAN FOTOGRAFIA HISPANO-AMERICANA

CASA ESPECIAL EN RETRATOS
DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS

AMPLIACIONES INALTERABLES
AL BROMURO DE PLATA Y LAPIZ
AL CARBÓN Y AL ÓLEO

Completa colección de vistas del país en venta

680 - SUIPACHA - 680

BUENOS AIRES

CAFE DE PARÍS

FRANCISCO SEMPÉ

Confort

Esmerado servicio

Bodega superior

BANQUETES Y SOIRÉE

(PRIMICIAS)

CASA DE PRIMER ORDEN

Establecida en 1860

Savelkoul & Cía.

181, CALLE RECONQUISTA, 181 - BUENOS AIRES

INTRODUCTORES

DE

Productos químicos para la industria

ESPECIALIDAD EN ARTICULOS

PARA

Jabonerías, Licorerías y Curtiembres

L. ADHÉMAR Y Cía

CASA DE CONFIANZA—FUNDADA EL AÑO 1885

CANGALLO ESQUINA SUIPACHA

ESPECIALIDAD

EN

ROPA DE CAMA, DE MESA Y ARTICULOS DE PUNTO

PARA SEÑORAS, HOMBRES Y NIÑOS

CASAS DE COMPRA EN PARIS, LONDRES Y VIENA

PRECIO FIJO

COMPAÑÍAS FRANCESAS

FERRO CARRILES DE LA PROVINCIA DE SANTA FÉ
FERRO CARRIL DE SAN CRISTÓBAL Á TUCUMÁN

2.000 kilómetros de vía — 120 Estaciones

Servicio directo de Pasajeros en combinación con el ferrocarril Central Argentino, entre Buenos Aires (Estación Central) y todas las estaciones de los F.F. C.C. de Santa Fe y San Cristóbal á Tucumán.

Tráfico directo para Cargas, sin ningún trasbordo, entre Rosario y Santa Fe, Tucumán, Córdoba, Salta, Jujuy, Monteros, etc.

Tráfico directo de combinación con todos los ferrocarriles de la República.

Tráfico especial con tarifas reducidas, entre Buenos Aires, (Estación Retiro, B. A. y R.; Retiro, F. C. C. A.; Once, F. C. Oeste) y todas las Estaciones de los F.F. C.C. de Santa Fe y San Cristóbal á Tucumán.

Tráfico especial con tarifas reducidas, para el transporte de los cereales, harina, maderas del país, etc., á los puertos siguientes de la empresa:

Puerto Canaletas, Puerto Colastiné, Santa Fé

Estos puertos cuentan con guinches á vapor para la pronta descarga y carga de los buques.

Los puertos Canaletas y Colastiné, reciben buques de cualquier tonelaje.

Por cualquier dato dirigirse a la—

Dirección General, en Santa Fé

Y Á LAS OFICINAS DE INFORMES

En BUENOS AIRES, calle Cangallo, núm. 652

En ROSARIO, calle Santa Fé, núm. 648 (frente al Correo)

En " Estación Francésa, barrio Etchesortu.

En TUCUMÁN, " " San Cristóbal-Tucumán.

MARRY,
DIRECTOR GENERAL.